

CAPÍTULO SÉPTIMO

TESTIMONIOS

Este capítulo se divide en dos partes. La primera parte reúne los testimonios de personas y colectivos que participaron de manera activa en múltiples actividades relacionadas con las diversas etapas de la emergencia después del sismo 19s en la Ciudad de México. Algunas participaron en las tareas de búsqueda y de rescate; otras ofrecieron atención psicológica y psicosocial a las personas damnificadas y a los familiares de las personas que se encontraban atrapadas en los edificios derrumbados; otras crearon redes extensas de acopio, mientras otras montaron y coordinaron cocinas ciudadanas para ofrecer comida caliente a las personas que vivieron de manera temporal en campamentos ciudadanos; y los colectivos de damnificados fortalecieron sus propios procesos organizativos para exigir el cumplimiento de sus derechos. Son testimonios que dan cuenta de la diversidad y densidad de esfuerzos ciudadanos comprometidos con responder de manera solidaria a las necesidades de los habitantes de la CDMX que perdieron a sus seres queridos, sus casas y pertenencias personales, y en algunos casos sus espacios de trabajo.

La segunda parte reúne los testimonios de algunos de las y los estudiantes y profesores que participaron en las brigadas de documentación, y quienes fueron la piedra angular del ejercicio de documentación. Estos incluyen reflexiones muy personales sobre por qué se involucraron en el proyecto Documenta desde Abajo 19S, cómo lo llevaron a cabo, las impresiones que les causó, y las formas en las que las transformó. Igualmente ofrecen descripciones y narraciones, en muchos casos detalladas, a la manera de un diario de campo, del contexto y las experiencias de las personas que entrevistaron. Estos testimonios ofrecen una ventana única para asomarnos a algunas de las colonias más abandonadas por el Estado y comprender el modo en el cual fueron afectadas por el sismo, así como para comprender las experiencias tanto de sufrimiento como de resiliencia y dignidad de sus habitantes, cuya perspectiva íntima es en muchos casos retratada con mucho respeto por las y los brigadistas.

En su conjunto, las palabras aquí reunidas son un pequeño registro de una memoria colectiva más amplia de respuestas ciudadanas frente a la emergencia del 19S.

I. TESTIMONIOS DE LA SOCIEDAD CIVIL

1. *La búsqueda de los desaparecidos del terremoto: de la emergencia a los problemas estructurales*

Testimonio de Luis Gómez Negrete

Polítólogo de la UNAM que ha trabajado en favor de las personas desaparecidas y sus familias desde el 2011 y quien apoyó durante el sismo del 19 de septiembre de 2017 las labores de búsqueda en la Ciudad de México.

A. *Labores de búsqueda y rescate*

La sombra del fenómeno nacional de los desaparecidos y fallecidos sin identificar se hizo sentir en la respuesta de la sociedad civil para atender la crisis derivada del sismo. La sociedad civil respondió de manera inmediata a la emergencia. Hicieron esfuerzos de rescate simultáneos, no centralizados y mínimamente coordinados, lo cual salvó vidas y alivió el sufrimiento de muchas personas.

Aunque las afectaciones por el terremoto fueron focalizadas, existen cuestionamientos sobre la acción de las autoridades ante la emergencia, muchos de ellos derivados de problemas de fondo de las instituciones.

La primera acción de las autoridades al llegar a los inmuebles afectados fue negociar un traspaso de responsabilidades con la sociedad civil, que en la mayoría de los casos asumió las labores de búsqueda y rescate debido a la ausencia de las autoridades. El traspaso de responsabilidades implicó hacer un recuento verbal sobre las acciones realizadas, un listado básico de las personas presumiblemente atrapadas en los inmuebles, una negociación sobre la distribución de roles de los voluntarios de la sociedad civil, que por su grado de involucramiento eran indispensables para continuar con las labores.

Aunque el C5 llegó a acuerdos de roles, responsabilidades y distribución de mando con las instituciones involucradas en la búsqueda y rescate, algunos lugares cambiaron de mando más de una vez, pasando de sociedad civil, al Ejército, del Ejército a la Marina y de la Marina a la Cruz Roja Mexicana. En estos traspasos se consolidaron equipos híbridos.

Un ejemplo de ello fue en el edificio de Bolívar y Chimalpopoca, en donde cuatro días después del sismo permanecía a cargo de la gestión médica un doctor de la Secretaría de Salud de la Ciudad de México que daba consultas a domicilio y durante su recorrido fue sorprendido por el sismo. El edificio se colapsó frente a él y desde ese momento se encargó de atender a los heridos. Días después todavía estaba a cargo de la coordinación. El funcionario público con un rol de voluntario tomó una de las responsabilidades más importantes en uno de los casos emblemáticos del sismo.

B. Personas desaparecidas

Algunas acciones establecidas en los protocolos vigentes para la búsqueda y la identificación de restos debieron hacerse desde el primer momento. El gobierno de la Ciudad de México confió su respuesta para la búsqueda y el diálogo con las familias al Centro de Apoyo a Personas Extraviadas y Ausentes. Los problemas para organizar una respuesta en la emergencia fueron los mismos que en los casos del día a día, después de recibir de manera telefónica los reportes de las familias y hacer una ficha con el nombre, la filiación descriptiva, las pertenencias y las circunstancias de la desaparición, las autoridades no hicieron más para dar con el paradero de las personas. El seguimiento con las familias fue nulo.

Durante los primeros días de emergencia CAPEA se quedó en sus oficinas recibiendo llamadas sin concretar ninguna acción efectiva de búsqueda. No fue hasta el cuarto día que llegaron los primeros funcionarios de CAPEA acompañados de ministerios públicos y policías ministeriales a reconstruir los hechos, sus fuentes principales fueron los voluntarios, quienes haciendo memoria contaban las personas que habían visto salir, en algunos casos recordaban sus apodos o nombres, en otros tan solo sus caras.

El rol fundamental del Estado para reconstruir el perfil de las personas desaparecidas y su posible paradero quedó vacío. Lo ocuparon los equipos de la sociedad civil, entrevistaron a los testigos y familias desesperadas. La falta de listados depurados de personas desaparecidas, personas halladas con vida y personas halladas sin vida generó un descontrol sobre el número de personas que debían ser buscadas. Además de los conteos que pudieron crear los equipos voluntarios de rescate, no había un soporte que diera certidumbre sobre los universos de búsqueda posibles. Esta tarea debió estar coordinada entre los equipos de rescate y una oficina encargada de conformar en el terreno y de manera remota, registros sobre las personas que

estaban siendo buscadas. Esto hubiera podido orientar de mejor manera las búsquedas y con ello las posibilidades de encontrar personas en menor tiempo y en mejores condiciones de vida.

C. Las familias de las personas desaparecidas

Durante las primeras horas después del sismo las familias de personas desaparecidas se dedicaron a las acciones de rescate, con la llegada de equipos profesionales de rescate, su rol se fue relegando y en casi todas las zonas de desastre se instalaron campamentos provisionales.

Quizás lo último en conformarse después del traspaso de mando en las labores de rescate era una vocería encargada de hablar con las familias. Esto implicó que en múltiples ocasiones las familias fueran mal informadas sobre la situación, recibieran noticias contradictorias de los topos, del equipo médico, del mando de las operaciones, que se les notificara de hallazgos y después se les desmintiera, se les informara tardíamente de las identificaciones y nunca se les explicara y preparara para entender y recibir noticias difíciles. Esto era aún más grave en los casos de las personas fallecidas cuyos restos fueron fragmentados. La pregunta de por qué no se puede recuperar todo el cuerpo en muchos casos no fue respondida.

Las familias eran llamadas constantemente para orientar a los equipos de rescate sobre los espacios de los edificios, sobre las personas que podrían habitarlos, se les llamaba también para hacer “reconocimientos” de restos o pertenencias, y al mismo tiempo eran informadas oficialmente cada cierto número de horas sobre los avances de las operaciones. Esto, generaba un sinfín de información que se intercambiaba entre familias y que circulaba de manera informal en los perímetros aledaños a las zonas de desastre.

Si bien hay situaciones en donde los cadáveres pueden conservar algunas señas particulares que les hacen reconocibles y por lo tanto, las acciones para la identificación ameritan análisis menos profundos que en otros casos, el reconocimiento de la familia nunca es suficiente. Sin embargo, el reconocimiento de la familia constitúa una práctica común para notificar de un fallecimiento, lo cual hacía descansar en la familia una enorme responsabilidad.

En algunos casos las familias se enteraban del fallecimiento de su familiar porque ellos mismos los reconocían, situación sumamente traumática, y sin la intervención de un especialista. En otros casos las familias pasaron días esperando en campamentos sin ser notificados sobre el resca-

te de sus familiares, incluso identificados sin vida. Estas situaciones no se deben a que el Estado estuviera rebasado, sino a la falta de coordinación entre instituciones y autoridades responsables, cuyas consecuencias son graves por la falta de respuestas satisfactorias y dignas a los familiares de personas desaparecidas.

Dentro de los procesos de identificación de restos en la etapa de emergencia, son fundamentales: el hallazgo, la recuperación, el análisis en laboratorio, la asociación (en los casos de restos fragmentados), la toma de información a las familias, la notificación y la entrega de restos.

2. Acompañamiento a los familiares de las víctimas del edificio Álvaro Obregón

Testimonio de Edith Escareño, Psicóloga social.

Voluntaria en el edificio Álvaro Obregón, Colonia Roma, Delegación Cuauhtémoc.

Un grupo de profesionistas de la salud, trabajo social y otros voluntarios de derechos humanos se convocaron para colaborar en lo posible en la zona del derrumbe ubicada sobre la calle Álvaro Obregón, en la colonia Roma. El primer esfuerzo fue por visibilizar las necesidades más inmediatas de los familiares que llegaron al lugar y donde tendrían que esperar hasta saber de sus seres queridos. Buscar apoyo para protegerse del clima, la lluvia y el sol, eran las condiciones mínimas pero dignas para que pudieran dormir ahí y esperar. Fue la primera fase.

El trabajo era el de acompañar desde un enfoque psicosocial, hacerse presentes. Poco a poco las personas pudieron tener un poco de confianza hacia nosotros, para hablar, para solicitar alguna información o brindar información de lo que íbamos observando. Con el paso de los días este grupo de acompañamiento psicosocial pudo articularse con otros profesionistas y organizaciones de derechos humanos como el Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez.

El grupo de familiares que esperaba era heterogéneo, de diversas zonas de la Ciudad, del estado de Hidalgo, no se conocían entre sí, era complicado que se organizaran cuando su principal objetivo (en común) era saber que pasaba con sus seres queridos. Los primeros días fueron caóticos, no había información clara sobre lo que ocurría dentro del derrumbe. Las autoridades propusieron hacer filtros de información; cada familia tendría un representante en la zona cero quien recibiría la información referente a su

familiar dentro del derrumbe, las maniobras que implicaba el rescate y la posible identificación de su ser querido cuando fuera rescatado.

El Estado tuvo la oportunidad de reivindicarse frente a las personas, de tomar decisiones teniendo a las víctimas y sus familias en el centro de su actuación. Sin embargo, decidieron reproducir las mismas actitudes y acciones que he visto en casos de familiares de víctimas de desaparición forzada y otras violaciones graves a los derechos humanos. Repitieron exactamente lo mismo, la falta de información sobre lo que ocurría y lo que hacían; únicamente ofrecer información a algunos familiares y no a todos (según ellos para mantener la calma); proporcionar información confusa y a cuenta gotas; dar información falsa sobre la localización de sus familiares. Este mal manejo de la información hacía que creciera la desconfianza hacia las autoridades y la especulación. Conforme pasaban los días y disminuían las posibilidades de encontrar a las personas con vida, crecían las dudas.

El contraste de este derrumbe con otros fueron los días de espera, en Álvaro Obregón se prolongaron las tareas de búsqueda hasta dos semanas después del sismo, por desventura esto sirvió para evidenciar el actuar de las autoridades. Hacer un cerco informativo limitaba el flujo de información, prevenía que los familiares la compartieran con otras personas que también estaban esperando. Los funcionarios les dijeron que no lo deberían compartir —si estaban o no vivos, en qué estado encontraban algo, etc.— para no generar más angustia entre los demás familiares. Con cada familiar en la zona cero había una psicóloga acompañando. En algunos casos se sentían bien con ellos, en otros los psicólogos sirvieron de medio para presionar o revictimizar a los familiares.

Las autoridades se resguardaban tras las vallas que separaban al campamento de familiares de la zona cero. Decían que era como medida de seguridad, pero yo me preguntaba, ¿por qué sentir miedo de un grupo de familias que lo único que exigen es información?

La presencia del Ejército, armado en algunos momentos generaba tensiones. ¿Por qué tenían que estar armados en una zona de desastre en el momento de rescate? Sabemos que son formas de control y prevención en caso de un brote de violencia, pero esto sembraba aún más miedo. Lo que querían los familiares era la mínima certeza de que iban a recibir a sus seres queridos, no podían no tener el cuerpo. La falta de información incrementaba el temor de que se hiciera algo con los cuerpos o que no se entregaran. Un familiar mencionaba que les harían lo mismo que a los 43, se refería al temor de no saber que pasa y pasaría con sus familiares y la desconfianza hacia las autoridades.

Los rumores que circulaban era que estaban sacando los cuerpos por la parte trasera del edificio, y que los estaban llevando al SEMEFO. Estos rumores se fueron confirmado; familiares que habían recibido información sobre la localización y rescate, pasaron un fin de semana esperando el cuerpo de su familiar, pero ya no estaba ahí, si no en el SEMEFO. Las autoridades sabían eso, sin embargo alargaron la angustia y el dolor que estaban viviendo los familiares durante un par de días. Fue una tortura psicológica. Las otras familias al enterarse de lo que estaba pasando se organizaron para buscar a sus seres queridos fuera de la zona de derrumbe.

En algún momento llegaron autoridades para ver cuántos familiares estaban en el campamento y preguntarnos si había “focos rojos”; se referían a si había posibles narcos o la posibilidad de un brote de violencia. Ellos querían que les diéramos esa información para planear como controlarlos. Para ese entonces lo que ya había era gente organizada, como la familia mazahua y los comerciantes. Y sí, ellos podían convertirse en un “foco rojo”, no de violencia, pero sí de exigencia.

En esos momentos era cuando los familiares en la espera de noticias de sus seres queridos, decidieron compartir la información. Una segunda fase empezó cuando el tiempo de espera ya era demasiado; llamaron a los medios, a las autoridades de alto rango tanto de la Ciudad de México como del gobierno federal para que se hicieran responsables. Algunos comenzaron a dar entrevistas a medios de comunicación y exponer sus casos. Que los familiares dieran entrevistas ayudó para exigir la verdad. Ellos habían visto en los medios lo que ocurría en otros lados, en casos concretos, como el de los 43, y nos decían, “nos pueden hacer lo mismo, desaparecer el cuerpo y nunca lo vamos a volver a ver, ni poderlo enterrar”.

Comenzaron a organizarse

En lo que se fue insistiendo fue cómo forzar a las autoridades a que dieran lo básico, un trato digno. Las exigencias eran que las autoridades entraran al campamento, que dejaran de mentir y hablaran directo. Eso transformó la dinámica del campamento. Daban tres informes al día sobre lo que se esperaba ese día. El trato por parte de las autoridades cambió. Los cuerpos no saldrían de la zona sin ser identificados por sus familiares.

Los patrones repetidos y observados en otros escenarios: Trato indigno, el silencio y sus estragos en quien espera, falta de información, dividir a la gente con falsas promesas, ignorar las exigencias de las personas, pensar que las personas no sabrán qué hacer con la información, pretender

que controlan el miedo, el enojo y la angustia de quienes solo quieren a sus familiares de vuelta, el uso de rumores generando desconfianza, aislamiento y fragmentación. Esta repetición de hacer las cosas mal es una forma perversa de control social.

Frente a una catástrofe como esta, claro que provoca pánico en la población, las autoridades claro que tenían que actuar, pero no despreciando, ni imponiendo el silencio. Controlar la información, bajo el pretexto que no hay que angustiar, genera el efecto contrario, la aumenta. El no tener información genera más desesperación, enojo para los que tenían que esperar. El efecto contrario a la imposición del silencio fue justo la organización de las familias, haciendo público y rompiendo el cerco en el que los pretendían mantener.

3. Los psicólogos del Multi

Testimonio del Grupo de Psicólogos y Humanistas Independientes en los Albergues y Campamentos del Multifamiliar Tlalpan, Delegación Coyoacán.

Empezamos a acompañar a las personas damnificadas por el sismo que vivían en el Multifamiliar Tlalpan a partir del 19 de septiembre. Algunos de nosotros llegamos desde esa primera noche como voluntarios para apoyar en lo que fuera necesario; llegamos con la intención de apoyar con la planta de luz y otros elementos básicos de infraestructura que se requerían para las tareas de búsqueda. Después de los propios vecinos, y un grupo de protección civil, los primeros en llegar al Multifamiliar fueron unos médicos que habían ido inicialmente al Rébsamen y después a la Unidad Habitacional Girasoles, pero como las dos zonas de derrumbe ya estaban saturadas de voluntarios se fueron al Multifamiliar, habían escuchado que ahí no había nadie apoyando. Cuando llegaron aún no había presencia de la autoridad, ni de la Cruz Roja.

Los médicos empezaron a revisar persona por persona. En esas primeras horas de la emergencia llevaron a los heridos y a los vecinos que tenían complicaciones de salud a una parroquia cercana. Cuando la parroquia —que en un principio centralizó el centro de acopio y atención a heridos— se vio desbordada pidieron a la directora de la primaria que se acondicionaran las instalaciones de la escuela para llevar a los damnificados a ese espacio. Los vecinos que tenían heridas de primer grado los llevaron allá, así fue como la primaria se convirtió en un tipo de albergue-hospital.

Siguió funcionando así durante las primeras dos semanas después del sismo. Cuando los médicos se dieron cuenta que algunos de los que llegamos somos psicólogos nos pidieron que atendiéramos a los a las personas que estaban entrando en shock, mientras ellos revisaban a otras personas según su estado y grado de salud.

Llegó después la Cruz Roja, acondicionaron otro espacio para que fuera el primer filtro de revisión de los heridos. Los hospitales estaban saturados, entonces todo lo que se podía atender tanto en el puesto de la Cruz Roja o en el albergue —hospital se atendía ahí mismo, solo las personas con heridas más graves se los llevaban al hospital. Los primeros auxilios y heridas, como fracturas, se atendían en el primer filtro. Las personas que no se encontraban tan graves o ya los habían estabilizado lo suficiente los mandaban al segundo filtro, el albergue— hospital. Muchos de los 500 damnificados del Multifamiliar son de la tercera edad y también hay muchos niños. Todos requerían cuidado adicional y había que estabilizar a todos. Llegó una nutrióloga independiente, los revisaba a cada uno, y según sus problemas de salud les hacía una dieta especializada. Durante las primeras dos a tres semanas cada adulto y cada niño que se estaba quedando en la primaria tenía una dieta personalizada. Y cuando el albergue se trasladó a la casa de la cultura cada uno de esos expedientes se entregaron para darles seguimiento.

El equipo de médicos también empezó a organizar no solo las necesidades médicas, sino también la comida, y el acopio. Llegaron más médicos y ellos revisaban a los menos graves. También implementaron medidas de seguridad en el albergue porque había muchos niños, era importante asegurar que se monitorearan las entradas y salidas de toda persona. Al poco tiempo incluso hicimos gafetes para poder identificar a los voluntarios.

Además, cada cierta cantidad de horas los médicos organizaban una brigada para hacer un recorrido por la zona cero donde estaban los familiares esperando noticias de sus seres queridos que se encontraban atrapados entre los escombros. Cada brigada se conformaba por dos médicos, un veterinario y un psicólogo, a veces también los acompañaban un tanatólogo o un sociólogo. Para cada una de esas visitas los médicos llevaban insulina y medicina para la hipertensión porque muchos de los familiares tienen diabetes o la presión alta. Como muchos son personas mayores sus perros estaban solos y sus perros eran su soporte, literalmente les ayudaron a sobrevivir, por eso el veterinario acompañaba las brigadas para asegurar que las mascotas estuvieran bien.

Aunque la Marina estaba a cargo de todo, ellos eran los que vigilaban tanto la zona cero como el albergue, aunque eran los médicos como civiles

los que coordinaban. La Marina llegó pero no tenía médicos entonces no le quedó otra opción salvo la de apoyarse en ellos. A los civiles les delegaron organizar el comedor, la farmacia, todo. Por su lado, los médicos tenían que reportarse con la Marina. El capitán de la Marina llegaba a supervisar el albergue y concentraba toda la información. Daba un informe de vez en cuando pero al poco tiempo había mucha gente inconforme. No tenían información sobre sus familiares. Los médicos entonces propusieron que se eligiera un representante por edificio para así agilizar la comunicación. Ellos se preocupaban mucho por corroborar la información, había muchos rumores, la gente estaba desesperada y ellos sabían que era fundamental poder verificar la información y comunicarla lo antes posible. Por eso en parte hacían las brigadas y llevaban un expediente de cada caso.

Hubo momentos muy difíciles. Los médicos incluso decían que los primeros en necesitar hablar con un tanatólogo eran ellos. Reconocieron que no estaban preparados por todo lo que tuvieron que enfrentar, lo más difícil era decirle a un familiar que su ser querido había fallecido. Entonces pidieron apoyo de los tanatólogos voluntarios para primero saber cómo comunicar la noticia y segundo, para que hubiera alguien capacitado para acompañar a la familia. Eso fue sumamente importante en esos primeros días pero también para que los familiares pudieran trabajar el duelo y los psicólogos le pudieran dar seguimiento.

Algunos de los psicólogos voluntarios hicieron guardias de noche mientras otros se organizaron en turnos, de esa manera siempre había alguien para atender a una persona en un momento de crisis y cada psicólogo podía darle seguimiento a las personas que empezaron a atender. Esa continuidad en el trato era muy importante para las personas damnificadas que habían sufrido una ruptura tan profunda en sus vidas; no querían hablar un día con un psicólogo y otro día con otro, sino establecer una relación de confianza.

Empezaron a llegar más voluntarios, llegamos a ser hasta 20 personas, aunque el núcleo duro fue de 10, a los seis meses del sismo permanecían 5 del grupo inicial. Lo que hicimos fue dividirnos por subgrupos de voluntarios. Nos pusimos el nombre del Grupo de psicólogos y humanistas independientes porque también había pedagogos, filósofos, tanatólogos, la nutrióloga, etc. Nos coordinamos en chats de *Whatsapp* y teníamos que reunirnos al final de cada día para compartir información y para acordar las prioridades del siguiente día. Si llegaban nuevos psicólogos con ganas de apoyar, una del equipo les daba una capacitación para que estuvieran familiarizados con el contexto específico y después a cada uno se le asignaba un caso para que estuviera al pendiente de la misma persona. Además

de nosotros llegaron otros voluntarios independientes a los albergues del Multifamiliar, la suma de los esfuerzos y trabajos de todos estos voluntarios fue sumamente importante.

Coordinábamos todo con el grupo de médicos; eran médicos voluntarios con muchísimo tacto que además sabían organizarse y sabían comunicar las cosas. Y tenían la disposición de coordinarse con los psicólogos. Los médicos no suelen saber cómo trabajar con psicólogos, pero en esta situación de emergencia reconocieron la importancia de hacerlo porque había que trabajar sobre todo la ansiedad de los damnificados. En esas primeras dos semanas funcionaba todo gracias a la jerarquía médica, aunque estuvieran subordinados al plan de la Marina.

Cuando se fue la Marina se fueron los médicos. La Marina iba a tomar control de todos los puntos civiles pero se dio una discusión sobre quien debería asumir funciones, el gobierno de CDMX o el Federal; el federal tenía como autoridad al Ejército o la policía federal. Quisieron meter a psicólogos de la Policía Federal, junto con otros elementos de la PF para la vigilancia y la seguridad. Los damnificados, cuando vieron a la PF en sus uniformes, dijeron, “¿Qué están haciendo aquí?”. “Pero somos psicólogos”. “¡Psiquiatras uniformados NO!”. Exigieron que nos quedáramos nosotros.

Un día llegaron todos al albergue —la Marina, el Ejército, el gobierno de la CDMX— ese día tuvieron que ponerse de acuerdo. Los médicos se querían quedar, pero les dijeron que ellos tendrían que asumir la responsabilidad jurídica de todas las personas que se encontraban en el albergue en la primaria. No era algo que podían asumir. Fue una manera de presionarlos para que se fueran. Por eso las funciones las asumió el gobierno de la CDMX y los médicos se retiraron. Sobre la posibilidad de que se quedara la Marina, la gente les dijo, “no muchas gracias, váyanse Marina”.

Ya para entonces los mismos damnificados se habían organizado con sus representantes y sus comisiones. La segunda etapa de apoyo en el albergue surge por la suma de una serie de factores ya no había más tareas de búsqueda, los médicos se retiraron y los damnificados se estaban organizando, en coordinación con los voluntarios.

En cuanto nuestro equipo, nos empezamos a organizar mucho más y a capacitarnos para saber cómo atender mejor las necesidades que iban surgiendo. Buscamos manuales de atención psicológica en situaciones de trauma post desastre, por ejemplo, de Haití y de Estados Unidos. Nos fuimos enterando de que, en contextos parecidos, los psicólogos se refieren a distintas etapas, la primera es la atención de la crisis emocional, espiritual y psicosocial, la segunda, al proceso de aceptación y la resiliencia y la tercera la reconstrucción emocional y social.

Nos preparábamos mucho; leímos muchos documentos para saber cómo armar nuestro plan de atención y de trabajo. Eso nos permitió prevenir situaciones que pudieran generar nuevamente estrés y angustia, por ejemplo, cuando se cambia el albergue a la casa de la cultura. Ya sabíamos que podía suceder y pudimos prevenir. Tuvo resultados. Por ejemplo, algunos damnificados tenían un bloqueo emocional muy importante. Algunos, aunque eran abogados y conocían de leyes, no querían firmar los papeles que tenían que firmar como parte de sus trámites. Estaban paralizados. Pero hacíamos ejercicios grupales con ellos para recuperar y afirmar que tienen recursos para resolver las situaciones que ahora estaban enfrentando, y que estos se ven fortalecidos cuando el trabajo es grupal.

Desde el inicio dimos contención a los vecinos del edificio que colapsó. Participaron sobre todo los tanatólogos y un terapeuta físico. Después nos contactaron para pedir acompañamiento grupal pero tardamos un poco en poderlo llevar a cabo, no porque no queríamos sino porque nos queríamos preparar bien, tener claridad sobre cómo eran las condiciones en las que estaban y así poderlo diseñar según sus necesidades. De hecho, con ellos el trabajo de tanatología fue muy importante porque ayudó a empezar el proceso de duelo y facilitó el acompañamiento psicológico para algunas cosas que ya habían empezado a acomodar y a poder nombrar.

Esas semanas llegó demasiada gente a ayudar. La primaria era una torre de babel. Cada equipo se siguió organizando. Hacíamos juntas para recapitular el día, qué necesidades tenía la gente, cómo cubrirlo. Teníamos horarios fijos, proyectos y un calendario de actividades. Cada psicólogo tenía asignada a una persona. De todos los que fueron atendidos se hicieron expedientes. Nos ayudó mucho que no solo dábamos consulta sino que apoyábamos en la cocina, limpiábamos las letrinas, barríamos, etc. También enfatizamos mucho el auto cuidado entre nosotros, no solo para los psicólogos, sino también para todos los demás voluntarios.

Ya para entonces estábamos haciendo muchas actividades de todo tipo, incluyendo con los niños, trabajábamos con cuentos sobre la tierra que se mueve. Una del grupo era la encargada de los grupos de niños. Teníamos una comisión política y social. Otra comisión de terapia de adultos y de niños, un área de administración y coordinación. Creció y se fortaleció el grupo porque había gente clave, algunos con un liderazgo natural, que sabían organizar y mantener la estructura, además se quedaban en el albergue, lo que facilitaba estar al pendiente de las cosas, otros eran muy buenos dando terapia, etc.

Cuando llegó el gobierno de la CDMX quiso retirar al equipo de psicólogos y cambiarlos por otros. Los damnificados se opusieron, dijeron bue-

no, se puede cambiar el grupo de psicólogos solo si pueden garantizar la continuidad. Obviamente no podían. Los psicólogos de la CDMX no eran clínicos, ni tenían experiencia dando consulta, eran psicólogos laborales o estaban haciendo su servicio social. Algunos eran humildes y reconocían que no tenían la capacidad y se ofrecían a apoyar en otras cosas, no daban consulta, pero algunos solo con su uniforme de la CDMX se sentían muy empoderados y arrogantes. Los damnificados dijeron es que ya tenemos a nuestros psicólogos y seguían apoyándonos.

Nos apoyaron muchas organizaciones de psicólogos e instituciones, tanto de universidades como de hospitales. Además, nuestro grupo tuvo una mezcla intergeneracional muy importante, con una mezcla de psicólogos que estuvieron en el '85, la generación más joven y una intermedia. Eso nos permitió redefinir el papel del psicólogo, no como un trabajo aparte, sino mano a mano con los médicos, tanatólogos, los pedagogos, etc. Para nosotros lo más importante fue enfatizar que la reconstrucción no es solo de los edificios sino de la comunidad, la reconstrucción social tiene que ir de la mano de la reconstrucción de las viviendas.

En una tercera etapa ya no buscábamos a la gente, sino esperábamos que nos buscaran en la parroquia, ahí teníamos un espacio que era ludoteca, pero ahí también se daba consulta. Y apoyábamos con talleres específicos. Sobre todo con los vecinos del edificio colapsado.

Se cerró un ciclo en Navidad. Hicimos una ceremonia muy linda para recibir el año nuevo. Muchos de los vecinos se enfocaban en lo que no pudieron rescatar de sus hogares, era algo que repetían una y otra vez. Les generaba mucha tristeza no haber rescatado sus cosas, pensaban mucho en lo que no pudieron llevar. Entonces les dijimos que en lugar de enfocarse en lo que no se rescató, mejor en lo que dejamos ahí. Escribieron cartas sobre las tristezas, emociones, dolores, todo lo que querían dejar ahí y las fueron a dejar entre los escombros.

4. Redes ciudadanas, el trabajo de Hoy Por México

Testimonio de integrantes de la red ciudadana Hoy por México.

Nos empezamos a organizar el mismo 19 por la noche. Nos empezamos a conectar primero entre amigos y nos dimos cuenta de que mucha gente estaba apoyando, pero sin orden. Vimos que había una necesidad de cubrir todas las zonas para así responder más rápido. Se empezaron a abrir varios grupos de chat por WhatsApp para organizar centros de acopio. En poco tiempo

se organizaron personas que en su conjunto tenían 500 bicicletas y otra brigada de 200 motos que podrían repartir acopio por la ciudad y comida caliente que preparaban muchos grupos, incluyendo estudiantes de la Escuela de Gastronomía en la calle Juan Escutia y el Club Gastronómico de México sobre el Circuito Interior. También juntamos medicina, encontramos empresas que podían prestar máquinas y, sobre todo, polines, que al principio fue lo que más se necesitaba. Logramos juntar y donar entre 9,000 y 10,000 polines en las primeras dos semanas.

Nuestra labor principal era vincular, conectar las necesidades de personas afectadas en distintos puntos de la CDMX, pero también fuera de la ciudad, como en Oaxaca y en Morelos, con individuos, empresas, organizaciones que podían responder a esas necesidades y después conectarlos con las personas, colectivos o empresas que podían hacerse cargo del transporte de esas cosas. Para esas tareas nos coordinamos también con otros colectivos como Cerebro y Verificado, y con individuos que preparaban comida en su casa o incluso en hoteles como el St. Regis que donó comida. Todos se organizaron y aportaron con lo que tenían a la mano. Yo me la pasaba en mi casa pegada al celular y a la computadora para hacer esos enlaces y coordinar entre los diferentes chats.

Se abrieron chats de diferentes grupos: el de centros de acopio, incluyendo centros que abrieron en espacios como el Asado del Valle, Tancaña, Huerto Roma Verde y frente a la Alberca Olímpica; el de personas necesitadas que incluía sobre todo a responsables o coordinadores de los campamentos; el de proveedores y empresas que querían apoyar a través de donaciones, incluyendo pipas de agua, comida congelada, etc.; el de transporte, incluyendo empresas que fueron clave como Lipu transporte escolar y Bimbo; y por último el del censo. Este último surge porque vimos que el gobierno no tenía información, no sabía ni siquiera dónde estaban todas las zonas de desastre, dónde se encontraban los campamentos de las personas damnificadas y los centros de acopio. Por eso hicimos los formularios (que serían la base principal para los formularios que utilizó Documenta desde Abajo 19S). En total los chats enlazaban y transmitían información entre más de mil personas, que a su vez operaban como un nodo o el punto de contacto que se comunicaba con otros grupos o colectivos.

En algunas ocasiones fuimos hostigados por el Ejército. En lugar de apoyar nuestros esfuerzos como sociedad civil, impedían que estuviéramos trabajando. Un amigo convirtió la bodega de su restaurante en un centro de acopio. Entró el Ejército y se llevó todo. Llegamos incluso a tener intercambios físicos con el Ejército. En una ocasión mi hermana se sentó encima de una carga de polines para que los soldados no se la llevaran. Así se

quedó sentada, más de dos horas, hasta que los soldados se cansaron y se fueron. En Xochimilco nos confiscaron polines y en otra ocasión el Ejército nos confiscó un camión entero de polines. Eran 800. Logramos que nos devolvieran 320 y los demás se echaron a perder porque los dejaron al aire libre y se mojaron con la lluvia. Intimidaban a la gente en lugar de apoyar.

Y ya para noviembre el gobierno de la CDMX empezó a hostigar los centros de acopio, incluso desocuparon y cerraron varios a la fuerza. En ese sentido no nos sentimos ni cuidados, ni respetados, ni apoyados. En lugar de ver a la sociedad civil como un brazo de apoyo que podía coordinarse con las demás tareas que son las obligaciones del Estado en situaciones de emergencia, nos veían como si fuéramos una competencia. Creo que les dio miedo, se sintieron rebasados por el pueblo y por lo que fuimos capaces de organizar y realizar en esos meses.

5. 19 de septiembre, mi historia... La experiencia de la Cocina Necaxa

Testimonio de Carlos Rodrigo Mendoza Fragoso

Coordinador de la Cocina Ciudadana Necaxa, Delegación Benito Juárez.

A las 13:14 de ese martes de septiembre me encontraba en casa, preparándome para salir a entregar unos documentos. De repente las paredes comenzaron a retumbar, los objetos a moverse. El grito de mi hermano: “¡Está temblando!” me hizo tomar el celular y salir en busca de mi madre para resguardarnos, las imágenes de los autos brincando, de los árboles doblándose y de los edificios casi juntándose aún las tengo muy presentes. La explosión de un transformador cercano y la caída de la red celular nos impidió comunicarnos con mi hermana que se encontraba en su trabajo, la incertidumbre se apoderó de mí. El paso de los minutos, el sonido de las sirenas y las noticias de la radio, llevaron a que mi hermano decidiera ir a buscar a mi hermana.

Noticia tras noticia me daba cuenta que no había sido un sismo cualquiera, que varios edificios habían resultado dañados y algunos habían caído, pero la información no era lo suficientemente precisa como para darme cuenta de la magnitud de la emergencia. Mientras esperaba a que mis hermanos volvieran comencé a prepárame para salir a ayudar en el lugar que se requiriera. Estaba tenso y nervioso por no saber de ellos. Poco después de una hora volvieron y mientras nos relataban lo que habían visto, en el camino de regreso, en la radio se escuchó: “Edificio de la calle Saratoga, Benito Juárez, acaba de derrumbarse, personas atrapadas”, eso fue como

un detonador, mencioné que iría a ayudar y mi hermana decidió acompañarme.

Mientras caminábamos por el eje central Lázaro Cárdenas rumbo al edificio colapsado, pudimos notar grietas muy grandes en varios de los edificios nuevos y en construcción desde el eje 7 hasta Av. Emiliano Zapata. Al llegar al edificio de Saratoga nos encontramos con una gran cantidad de personas removiendo escombros, otras tantas organizando el tránsito vehicular —los semáforos no servían— y muchas otras trayendo herramientas, cubetas y agua. Me acerqué a preguntar si se necesitaba algo y me pidieron suero, fruta, vendas, gasas; junto con mi hermana recorrimos sin éxito las tiendas cercanas y las farmacias. Al llegar al Soriana de División del Norte encontramos que estaba cerrado. En plena emergencia las tiendas departamentales decidieron cerrar sus puertas con el pretexto de evitar el saqueo. Decidimos volver a casa y ver si teníamos mejor suerte, afortunadamente logramos conseguir lo necesario y junto con mi hermano nos encaminamos nuevamente a Saratoga. No sabía en ese entonces que volvería a mi casa 60 horas después.

Al llegar al edificio mi hermana comenzó a repartir naranjas y suero a los que habían estado removiendo escombros; mi hermano, junto con otras personas, ingresaron a lo que quedaba del edificio a buscar personas atrapadas mientras que yo comencé a organizar las donaciones que poco a poco iban llegando al lugar. Durante la hora que estuvimos ahí, ninguna autoridad se hizo presente; los civiles fueron los que tomaron la iniciativa en todo momento. Al final alguien que dijo ser de protección civil inspeccionó el edificio y al salir dijo que ya no había nadie, que afortunadamente no había pérdidas humanas. Fue un alivio para todos, pudimos descansar, pero solo por un instante pues una doctora llegó a solicitar apoyo porque en la calle de Petén esquina con Zapata había ocurrido otro derrumbe y se requería tanta ayuda como fuera posible. Inmediatamente me ofrecí a acompañarla, organizamos una brigada de avanzada, juntamos agua, medicamentos, material de curación y nos subimos a una camioneta. A mis hermanos les pedí que fueran por una camioneta y recogieran lo que dejamos atrás, que nos alcanzaran en Petén. Dos días después supimos que en el edificio de Saratoga había quedado una persona atrapada, que las autoridades de la ciudad impidieron el paso a los equipos de rescate que a petición de los habitantes del edificio habían llegado al no encontrar a una de sus vecinas. Es triste saber que estuvimos ahí y no pudimos encontrarla.

En Petén me pude dar cuenta de la magnitud de tragedia, la esquina por la que había pasado tantas veces ya no existía, el edificio colapsó hacia su lado izquierdo, todos sus niveles desaparecieron y solo se alcanzaba a

ver la loza principal inclinada. Miles de personas, hombres, mujeres, de todas las edades y condiciones estaban ahí uno junto al otro, cargando piedras, cubetas, muebles. A mi memoria viene la imagen de una mujer joven con su uniforme, que seguramente fue verde en algún momento, en zapatos de tacón alto cargando una piedra enorme para depositarla en una carretilla, de hombres trajeados, de estudiantes de secundaria, de amas de casa, de albañiles, todos ahí tratando de ayudar en un caos hasta cierto punto ordenado. Inmediatamente al bajar de la camioneta mi primer impulso fue tomar un mazo y dirigirme a lo que quedaba del edificio. Hoy me doy cuenta de que no estamos preparados para una emergencia de ese tamaño, ni el Gobierno ni la población sabemos qué hacer, hoy sé que no debimos estar tantas personas arriba del edificio tratando de remover escombros, pasaron 32 años y no aprendimos, ojalá no pasen otros más y sigamos en la ignorancia.

En un punto decidí descansar y dirigirme a donde había visto botellas de agua. Al llegar me percaté que existía una gran desorganización en cuanto a los alimentos, las donaciones, los materiales de curación. Encontré a mi hermana y le dije que repartiera cubrebocas húmedos pues para ese momento el polvo ya estaba comenzando a afectar a los voluntarios. Me informó que mi hermano seguía removiendo escombros y le pedí que no se alejara. No recuerdo muy bien cómo fue que me involucré en el área de alimentos, solo sé que comencé a organizar el agua, la comida, las donaciones, las herramientas, el material médico que iba llegando; junto con las personas que ahí se encontraban implementamos un sistema para mantener alimentados e hidratar a todos los voluntarios, militares, marinos, policías, médicos, rescatistas, topos. La gente se acercaba a dejar agua, comida, medicamentos, material de curación, herramientas, lo que los medios de comunicación les decían que se necesitaba, pero realmente sin saber bien a bien lo que se ocupaba de emergencia. Llegaba el momento en que teníamos más tortas y sándwiches que personas a las que se tenía que alimentar, pero como dice mi madre: “más vale que sobre y no que falte”.

Durante los casi 6 días que estuve en Petén coordinando los alimentos y el agua conocí a personas increíbles, personas comprometidas, responsables, humanas, que no les importó dar lo poco o mucho que tenían, personas de todas las condiciones, no importaba si era un litro de agua o una carpa, lo daban desinteresadamente. Sería injusto de mi parte mencionar a algunos y dejar de mencionar a otros, indudablemente quienes estuvieron en Petén, bien por unas horas o hasta que se logró rescatar el cuerpo del último mexicano entre los escombros, tienen mi reconocimiento y admiración. Las filas de voluntarios que querían ingresar a la zona del derrumbe

para retirar escombros eran impresionantes, miles de jóvenes se pasaban horas ahí formados, esperando, con el ánimo, la convicción y la empatía necesaria para soportar el calor y el cansancio para dar su máximo esfuerzo, aunque fuera por 20 minutos. Obviamente no todo fue grato, hubo momentos en los que la decepción y la antipatía se presentaron, como aquellos voluntarios que solo iban a tomarse la foto entre los escombros, las personas que aprovecharon para apropiarse de las donaciones insinuando que las iban a entregar a otros puntos de emergencia, los medios de comunicación que solo buscaban la mejor toma al momento de rescatar un cuerpo de entre los escombros, el no permitir que los cuerpos de rescate extranjeros pudieran trabajar en el lugar por parte de las autoridades mexicanas. De entre todos los cuerpos extranjeros que acudieron a Petén al único que se le permitió entrar a la zona del derrumbe fue al equipo español porque portaban una carta de la Secretaría de Gobernación y traían cámaras de TVE, ni a los estadounidenses que llegaron desde el día 20, ni a los japoneses, ni a los colombianos les dejaron acercarse. Por cierto, la persona encargada de la logística de Petén los primeros 2 días fue un paramédico de la Cruz Roja, así de mal organizado estuvo el rescate. A ello se suma la pésima actitud de la PDI de la Secretaría de Seguridad Pública de la Ciudad de México quienes el viernes 22 de septiembre quisieron desalojar a todos los civiles que se encontraban en el lugar. Gracias a la unión de todos los voluntarios no pudo llevarse a cabo, aunque los elementos de la PDI se llevaron una gran cantidad de herramientas y víveres que se tenían almacenados tras la donación de la sociedad civil. También vimos el robo de alimentos preparados por parte de empleados de SEDESOL del Gobierno de la Ciudad de México; el nulo equipamiento con que los que soldados y marinos llegaron al lugar del derrumbe, siendo la sociedad civil la que tuvo que equiparlos con palas, picos, guantes, cascos, cubrebocas; la desaparición al tercer día de los elementos de Protección Civil y el oportunismo del DIF para hacerse publicidad a costa de los ciudadanos. Prestaron sus carpas hasta el 23 de septiembre junto con su personal, pero solo para tomar fotos y así comprobar que estaban trabajando desde el día uno.

A las 04:00 del domingo 24 de septiembre fue localizado el cuerpo del último mexicano fallecido en Petén, fue la última vez que se escucharon aplausos en esa esquina. Después de 6 días intensos de búsqueda la sensación era de tristeza. En ese momento nos dimos cuenta de que éramos responsables de todas las cosas donadas; si bien se había repartido a otros puntos de la ciudad y estados cercanos una gran cantidad de víveres, aún quedaba la mayor parte de ellos. Afortunadamente las autoridades del CETIS 5 nos ofrecieron un salón para resguardar lo que se tenía en aco-

pio, así que solo faltaba saber qué hacer. Llegó la noche y por fin creí que podría descansar, pero a las 02:00 del lunes 25 mi celular sonó pues en Álvaro Obregón los trabajos de rescate continuaban y requerían unos discos de diamante para cortar cemento. Mi hermano me comentó que en Petén había unos y decidimos ir para llevarlos al lugar. Desafortunadamente el Ejército ya había tomado posesión y se alistaba para demoler los restos del edificio. Pese a que expliqué a los soldados los motivos por los que necesitaba llevarme los discos se negaron, en todo caso decidí tomar los discos y no mirar atrás. Afortunadamente no me detuvieron y pudimos llevarlos a Álvaro Obregón donde los pudieron usar para continuar con los trabajos de rescate. Es increíble que ni el gobierno federal ni local hayan cooperado con el material que se necesitaba durante la emergencia, todo ¡absolutamente todo!, salió de parte de la sociedad civil, durante esos días nos dimos cuenta de que no podemos contar con el Gobierno ante un desastre como ese.

La noche del 25 de septiembre, tomé la decisión de usar el acopio que se había traído a mi casa para preparar café y sopa caliente con el fin de repartirlo a los campamentos que hubiera afuera de los edificios dañados en Benito Juárez; junto con mi hermano y un grupo de compañeros que estuvieron en Petén comenzamos a buscar edificios dañados cercanos a mi colonia. Así poco a poco nos acercamos a donde veíamos lonas, carpas, personas reunidas, para ofrecer una cena caliente, preguntar si requerían algunos artículos de higiene, cobijas, almohadas, desechables. Al final de esa jornada 5 fueron los campamentos que habíamos encontrado y a donde la gente nos había recibido con abrazos y agradecimiento. Aún recuerdo esa sensación de tristeza al llegar y ver las condiciones en que hombres, mujeres y niños estaban, con frío y hambre, con miedo de no saber qué pasaría después, aún recuerdo sus abrazos, sus bendiciones, sus sonrisas al saludarlos y al despedirnos.

Poco a poco fuimos encontrando más campamentos, hasta llegar a un total de 10. Hubo un punto en el que requerimos solicitar ayuda para seguir con nuestra labor, mediante las redes sociales se solicitó víveres para poder preparar la cena de 200 personas mínimo por noche, pan, galletas, café, leche, pastas, azúcar y desechables, fue lo que en un principio se necesitaba. Al paso de los días mi casa se convirtió en bodega, cocina, centro de acopio. Al mirar atrás no puedo más que agradecer el apoyo de mi familia, sin ellos no hubiera podido llevar a cabo el compromiso que hice con mis vecinos de llevarles los alimentos y las cosas que fueran necesitando. Una noche al regresar de la ronda nos percatamos que había una pequeña carpa con personas ahí y decidimos acercarnos, era un campamento en División del Norte, personas que habían sido desalojadas de sus edificios por

miedo a que se derrumbaran. Siempre habíamos visto esos edificios, estuvimos ahí desde el 19 pero nunca supimos dónde estaban esas personas. Al llegar ofrecimos café y la cena que traímos, nos recibieron muy bien, muy agradecidos pero una frase se me quedó grabada: “Qué bueno que vinieron, no hemos comido nada desde la mañana”. En ese momento algo se rompió dentro de mí, quise llorar, no es posible que ante la emergencia nadie les haya ofrecido de comer a esas personas, esa noche les prometí que no solo les llevaría la cena sino también el desayuno, y así fue, a la mañana siguiente comencé a preparar y entregar desayuno a 11 campamentos.

Con el paso de las semanas el equipo creció, de 7 personas que comenzamos la noche del 25, llegamos a ser 20, entre los que hacían la ronda de desayuno, la ronda de la cena, los que conseguían las donaciones, los de las cocinas, pues ahora ya eran 3, los de transportación. Es increíble como ante la necesidad muchas personas se pueden reunir para apoyar, no solo repartíamos comida, sino almohadas, cobijas, chamarras, ropa de trabajo, productos de higiene, parrillas eléctricas, cafeteras, medicamentos, pañales para niño y adulto, productos de limpieza, herramientas, etc. Los donativos llegaban de muy diversas maneras y personas, vecinos que me ofrecían su despensa, personas que por medio de las redes sociales llegaban a mi casa a dejar lo que habían juntado con sus familiares, personas que me llamaban para ofrecerme comprar lo que se necesitaba en el súper y mandarlo en servicio de entrega, escuelas que hacían colecta entre sus alumnos, mercados que ofrecían frutas y verduras, personas que me detenían en la calle para darme fruta, desechables, aceite, hasta ese camión procedente de Colima repleto de víveres que confiaron en nosotros para repartirlo. Nunca voy a olvidar la solidaridad de las personas de los campamentos que aún y con sus carencias y sus problemas me ofrecían 30, 50, 100 pesos para ocuparlos en gasolina, gas, transporte. Tengo que mencionar que la transportación de los alimentos y demás artículos se hacía a pie, con un carrito arenero, en bicicleta, en autos particulares y en taxi. Muchas veces me preguntaban los choferes si vendía en algún lugar comida y al conocer la historia al final decidían no cobrarme el viaje diciendo que era lo menos que podían hacer por las personas. No se imaginan la cantidad de buenas personas que aún hay en la ciudad.

Sin embargo, la situación en los campamentos nunca fue buena, en ningún momento se notó la ayuda por parte de las autoridades, si bien facilitaron carpas no fue por mucho tiempo, si bien entregaban comida muchas veces llegaba echada a perder, si bien ofrecieron baños portátiles los retiraron poco a poco hasta no quedar ni uno, si bien al principio cada campamento tenía asignados policías al final hubo episodios tristes y de

violencia en algunos. La actuación de las autoridades no fue nada clara ni oportuna, hubo momentos en los que tuvimos que entregar comida al albergue oficial de la Ciudad de México en Benito Juárez pues en ese lugar los trabajadores se quedaban con los alimentos y las donaciones que llevaba la gente y no lo repartían a los damnificados. Hay tantas historias negativas por parte de la autoridad que aún hoy me da coraje que teniendo los recursos no pudieran hacer más por las personas.

Al irse acercando el fin de año, el equipo de trabajo se fue reduciendo, por una u otra cosa volvimos a ser 7; preparar desayuno, cena y las festividades de día de muertos, navidad, año nuevo, reyes y candelaria fue agotador. Afortunadamente siempre contamos con la ayuda de donaciones en los momentos oportunos, así pudimos ofrecer pan de muerto para cada campamento el día 1 noviembre, cena de navidad y año nuevo para todos los campamentos, incluidos regalos para los niños, aún recuerdo su cara al abrirlos. Para día de reyes llegamos a repartir 243 roscas de reyes en la Ciudad de México y para el día de la candelaria 950 tamales. Hoy al escribir me doy cuenta de que con determinación y esfuerzo se puede hacer mucho por la gente de nuestro entorno, pero sobre todo si se hace con empatía, cariño y solidaridad. En los campamentos me preguntaban desde la primera noche por qué hacía eso y hasta el último día que he ayudado mi respuesta siempre fue la misma: “Porque si mi familia estuviera en su situación, me gustaría que alguien les ofreciera una sonrisa y una palabra de ánimo, eso es lo que me hace seguir aquí”. También tengo que reconocer que ayudar fue mi terapia para sobreponerme a la pérdida de mi padre, falleció 3 meses antes del sismo.

En marzo de 2018 dejé de repartir alimentos y me enfoqué en lo que me iban solicitando de los campamentos. Poco a poco las personas fueron regresando a su rutina y abandonaron esos lugares, al pasar la emergencia las cosas que aún estaban en el acopio las fui repartiendo en casas hogar, centros de ayuda, personas en situación de calle y personas que me lo solicitaban. Hasta el día de hoy me siento responsable por la confianza que miles de mexicanos depositaron en mí al entregarme sus donativos, pueden estar seguros de que todo ha sido empleado en beneficio de personas que lo necesitan. No puedo dejar de agradecer a cada uno de los que me acompañaron desde el día 19 hasta hoy, si alguna vez lo leen sepan que estoy orgulloso de conocerlos y de haber compartido esta experiencia. Me han preguntado si lo volvería a hacer, la respuesta es “sí”, porque uno nunca sabe cuándo puede requerir ayuda.

II. TESTIMONIOS DE BRIGADISTAS

1. *De regreso a la Villa Centroamericana*

Testimonio de Ámbar Paz Escalante

Estudiante de doctorado, CIESAS.

Brigada Villa Centroamericana, Delegación Tláhuac.

A. *¿Qué sucede cuando ocurre un sismo y eres estudiante de Antropología?*

Esta es la pregunta que hoy día reflexiono, como estudiante, como profesional y como mexicana que sintió el miedo y el peligro durante el sismo que vivimos en la Ciudad de México el pasado 19 de septiembre de 2017. Aquel día el caos, terror y la falta de información nos hicieron sentir muy vulnerables y desesperados. Durante los siguientes días las noticias transmitían imágenes terribles, sobre todo de los edificios colapsados donde voluntarios y expertos se dedicaban a rescatar a las personas atrapadas entre los escombros. Era conmovedor observar cómo los rescatistas humanos y caninos —como la perrita Frida— buscaban cualquier rastro de vida.

Sin duda lo más impactante en esos momentos de emergencia fue ser testigo de la participación de miles de mexicanos y mexicanas que salían a las calles para apoyar. Me sentí orgullosa de ser mexicana y también me puso la vara muy alta para encontrar la forma de ayudar desde mi propia trinchera —como estudiante de antropología— a las personas damnificadas que habían perdido a sus familiares, su hogar, su trabajo y sus pertenencias.

Como mujer de 30 años, nacida en la Ciudad de México después del sismo de 1985, vivir el 19-S fue una experiencia fuerte y traumática que al principio me dejó en shock y con un mar de emociones encontradas. Pero al paso de las semanas, comencé a desear regresar a mis labores académicas y fue que se me presentó la oportunidad de colaborar en el proyecto Documenta desde Abajo 19S. La iniciativa fue la oportunidad para aportar mi granito de arena a partir de las herramientas y conocimientos de las ciencias sociales.

A mediados de octubre de 2017 asistí a las reuniones informativas en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) donde la Dra. Mariana Mora y la Dra. María Paula Saffon

nos invitaron a participar en las brigadas de documentación que aún estaban por formarse. Con mis compañeras del doctorado en Antropología del CIESAS, Eva Bidegain y Gabriela Castillo conformamos un equipo para documentar afectaciones en la Delegación Tláhuac.

B. *¿Cómo viví las primeras semanas dentro del proyecto?*

Durante las primeras visitas Eva, Gabriela y yo utilizamos una cámara, una grabadora de voz y los cuestionarios que nos proporcionaron en el proyecto para registrar las afectaciones que observamos en Tláhuac y que las mismas personas nos contaban.

Aunque en un primer momento no sabíamos el alcance que tendrían nuestros registros, tuvimos la mejor disposición de establecer comunicación con las personas damnificadas. En las colonias de la Delegación Tláhuac nosotras percibimos que las personas afectadas tenían una necesidad de ser escuchadas, así como de ampliar sus redes de apoyo con diversos colectivos de la sociedad civil, para así obtener una respuesta rápida y efectiva por parte de las autoridades. Hasta el momento la relación con las autoridades estaba bastante desdibujada.

Tláhuac tiene un significado especial para mí, es la Delegación en la que pasé mi infancia, viví de los 6 a los 12 años en la colonia Villa Centroamericana. Ahí conocí a mis primeras amigas y pasé tardes enteras en los juegos del parque y andando en bici en las áreas verdes de esa unidad habitacional. Hasta la fecha mi padre sigue viviendo en la colonia al igual que una amiga muy querida junto con su mamá. Estas conexiones personales despertaron en mí un fuerte compromiso para apoyar a las personas damnificadas de Villa Centroamericana y en las colonias vecinas.

Cuando le pregunté a mis amigas y a mi padre cómo habían vivido el sismo en Villa Centroamericana, delegación Tláhuac, me respondieron que la manzana X fue la que sufrió más daños, y me comentaron que unas vecinas de ellos habían perdido sus departamentos ya que tenían grietas y estaban a punto de colapsar. También me compartieron que en la vecina Colonia del Mar la situación había sido todavía más grave, ya que no eran solo las casas, sino también las calles las que habían sufrido afectaciones mayores.

Para mí, que viví mi infancia en la Villa Centroamericana, fue impactante ver los daños visibles en todas las áreas comunes de la Unidad Habitacional. Las grietas que se abrieron en la tierra habían afectado las calles, la cancha de fútbol rápido, el área de los juegos, el mercado y las bardas de

la escuela primaria de la unidad habitacional. Las que formamos parte de la brigada, registramos las afectaciones de manera visual con el uso de una cámara y nos dirigimos inmediatamente a la manzana X de la unidad para entrevistarnos con las personas damnificadas.

Pensamos que era importante dejar registro de lo que había sucedido en esa manzana pues lo que vimos al llegar fue un bloque de 8 departamentos a punto de colapsar. Sobre las paredes había letreros de “Precaución” y enfrente un campamento ciudadano a cargo de mujeres, quienes eran las dueñas de dicho bloque y que esperaban pacientemente en la banqueta a que las autoridades llegaran y les dieran una orden de demolición.

Cuando llegamos a presentarnos la comunicación fluyó bien, ellas respondían nuestras interrogaciones sobre el evento del 19S. Para que supiéramos de primera fuente la condición del inmueble, las señoras nos invitaron a pasar a los departamentos. Entramos, dando pisadas cautelosas, sintiendo miedo y adrenalina, pasábamos de una habitación a otra mientras las dueñas nos guiaban y mostraban todas las grietas en los muros. Escuchábamos con atención sus explicaciones de cómo se habían dañado las estructuras del edificio y de cómo la tierra se seguía asentando, semana con semana las grietas se abrían cada vez más.

Recuerdo que ese primer día que visité a las mujeres damnificadas de Tláhuac, sentí una pena profunda, cuando veía a las señoras mayores acampando, no podía dejar de imaginarme, o de ver en ellas a mi propia madre. Fue muy duro verlas abandonadas por las autoridades, durmiendo en casas de campaña, pasando frío, lluvias, hambre e incertidumbre, sintiéndose todavía más vulnerables y expuestas a las violencias.

Al despedirme de las señoras después de esa primera visita, las abracé y sentí su dolor como si fuera propio; desde ese día me comprometí a regresar a visitarlas en otras ocasiones. De ahí en adelante cada vez que regresaba a verlas a su campamento, me encargué de llevarles algo. En el CIESAS y en mi familia busqué aliadas y amigas que donaron bolsas con ropa y cobijas que me encargué de repartir durante varios meses junto con las otras brigadistas, Gaby y Eva, en Villa Centroamericana y en Colonia del Mar. Le agradezco profundamente a todas esas personas por solidizarse y donar ropa para las damnificadas de Tláhuac.

Quisiera decir que colaborar con el equipo Documenta desde Abajo 19S ha sido la manera en la que me he percatado de la importancia que pueden ser nuestras reflexiones críticas como ciudadanas, como académicas. Aunque al principio pensé, al igual que muchos, que los daños causados por el sismo eran el resultado exclusivamente del mismo, al escuchar las historias de las personas damnificadas entendí que fue un desastre

socialmente construido, las políticas de gobierno, las formas en que atendieron o no a los damnificados y las propuestas de reconstrucción impactan de manera directa en las afectaciones. Además, me di cuenta de que afectó a hombres y mujeres de una manera diferente. Al poner en el centro del análisis la “vulnerabilidad social” pudimos evidenciar esos impactos diferenciados para elaborar recomendaciones dirigidas a las autoridades.

Sabemos que irremediablemente seguirá temblando en el país, por eso es importante elaborar estrategias de prevención y de acción para los sectores menos favorecidos de la Ciudad de México, para pensar en estrategias que debe implementar el Gobierno, sobre todo para los y las que viven en las periferias, incluyendo las delegaciones Tláhuac y Xochimilco. También se tienen que tomar medidas pensando en otros grupos de damnificadas que viven condiciones de vulnerabilidad como son las mujeres y los niños.

Los testimonios de las personas con las que convivimos nos llevan a hacer un llamado a las autoridades a establecer medidas basadas en el re establecimiento de los derechos de las personas afectadas.

2. Los habitantes del albergue ciudadano en la Delegación Benito Juárez

Testimonio de Alejandro Sánchez

Estudiante de Antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Brigada Colonia María del Carmen, Delegación Benito Juárez.

La casa transformada en el albergue, nombrado así por los dueños de la propiedad, acogió a personas desde los primeros días posteriores al terremoto. Es posible llegar al albergue caminando desde la estación de metro Nativitas. Apenas otra cuadra y media hay que cruzar hacia el sur para dar cuenta de algunas afectaciones materiales en la colonia. A unos cuantos metros antes de llegar a la vivienda, se observa un edificio con herrería art decó sobre su entrada que parece estar deshabitado, la estructura sostenida por polines mal asegurados, prácticamente recargados, sobre las paredes agrietadas. Justo enfrente se observan unos tramos de la acera en reparación; agujeros en el pavimento dan cuenta de un trabajo de reparación inconcluso de las fugas de agua que provienen de las tuberías subterráneas.

El albergue posee una fachada simple de color anaranjado; en la planta baja, dos ventanas protegidas por herrería negra y a la derecha de estas un zaguán del mismo color con cartulinas pegadas con cinta adhesiva con las inscripciones “Centro de acopio las 24 horas”, “Se lavan coches a domicilio”

y “Tocar fuerte”. Así, tras seguir la indicación de la última cartulina color verde fosforecente, uno es recibido por la Tía, hermana del Tío, quien es dueño y proveedor de la casa y ahora de los albergados. El tío y la tía aceptaron colaborar para el proyecto de documentación, acudimos a su casa cada domingo para poder entrevistarnos directamente con los albergados.

Antes del sismo la casa albergue era habitada por solo ocho personas: la Tía con su marido y el Tío con sus cinco hijos adoptivos, a los que llama “sobrinos”. Por eso cuando comenzó a recibir damnificados en su hogar, todos los albergados comenzaron a llamar “Tíos” a sus anfitriones.

La Tía es la que está presente en la casa la mayor parte del tiempo. En una breve conversación con ella, menciona que hasta el día 12 de noviembre de 2017, la población total de la casa era de 33 personas, incluyendo la familia anfitriona (8), otras tres familias huéspedes (3,3,4), solteros (4), y otros individuos (7) que no se encontraban al momento de la visita.

La rutina interna varía, pues algunos de los albergados (hombres en su mayoría), han conseguido empleo o continúan con sus trabajos, para así poder contribuir con la manutención de la propiedad, así como ahorrar lo suficiente para buscar un lugar particular lo antes posible. Entre semana, los horarios de salida son variados y, por lo general, nunca están todos los albergados al mismo tiempo dentro de la casa. Es a las siete de la noche cuando la mayoría se encuentra en el albergue. Las tres familias que reconocemos en el albergue tienen hijos de menos de siete años, lo cual ha implicado que las mujeres sean las que se encuentran casi todo el día en la casa, mientras que los padres trabajan, algunos en el día y otros durante la noche.

Quisiera relatar las historias de tres familias albergadas

La primera es una familia de tres, conformada por una pareja y su hija de dos años, provenientes de Atotonilco, Morelos, un poblado cercano a Cuautla. La casa de adobe que rentaban quedó prácticamente inhabitable y tuvo que ser demolida sin que ellos pudieran recuperar sus pertenencias. Comenta la joven madre que cerca del 80% de las casas particulares de Atotonilco tuvieron que ser demolidas, y que en Morelos la mayoría de las propiedades particulares colapsadas o severamente dañadas, que incluso sobrevivieron a un terremoto como el de 32 años antes, eran habitadas o eran propiedad de personas mayores.

A pesar de que el propietario tenía conocimiento sobre las malas condiciones de la pequeña construcción, la familia no recibió indemnización alguna. Ante esta compleja situación, acrecentada por la pérdida del em-

pleo del marido, decidieron mudarse al departamento de sus padres. Sin embargo, este edificio también había sido desalojado por riesgo de colapso y no tuvieron más que buscar un albergue temporal. Desde la casa-albergue le dan seguimiento a su exigencia de recibir una indemnización por parte del propietario, no solo por haberles rentado una casa con una estructura deficiente, sino también porque el hombre de la familia había quedado herido durante el sismo: en su espalda cayeron ladrillos huecos de la construcción. Tuvo que permanecer en reposo unos días después del incidente, lo que derivó en la pérdida de su empleo como taxista.

La segunda familia albergada proviene de Puebla. Está compuesta por el padre de 22 años, la madre —casi de la misma edad— y sus dos hijas pequeñas (una de cuatro años y la otra apenas con el medio año cumplido). La familia habitaba en un cuarto prestado en tanto que no contaban con los recursos para pagar la renta correspondiente. La casa en la que se encontraba la habitación sufrió daños estructurales serios, por lo que los desalojaron. Sin embargo, al momento de querer recuperar algunos de sus bienes, los vecinos les impidieron el acceso a la propiedad. Con tal de encontrar rápidamente un empleo, se fueron a la Ciudad de México a buscar un albergue. Al llegar a la ciudad fueron víctimas de un asalto, perdieron las maletas con algo de ropa y sus documentos, por un tiempo se estuvieron hospedando en un albergue oficial ubicado sobre el Eje Central que, además de las malas condiciones, cerró a los pocos días, por lo anterior dieron con el albergue de los Tíos en donde, manifestaron, por fin fueron bien atendidos.

La tercera familia la conformaban dos adultos mayores junto con su nieto de 6 años. Vivían en un edificio de la delegación Benito Juárez. El edificio quedó parcialmente dañado y con la posibilidad de reparaciones. No obstante, comenta la abuela que dicho edificio estaba ocupado de manera irregular desde 1985, por lo cual ninguno de los ocupantes podía comprobar los derechos de la propiedad. Lo complicado de la situación se agrava más en el caso de la señora, pues ella rentaba ahí. Un ocupante de ahí mismo le cobraba la renta del departamento bajo un contrato falso, lo que provocó que los demás ocupantes la excluyeran de los procesos y las tomas de decisiones respecto de la reconstrucción. La señora nos comentó que ya no le interesa seguir rentando ahí, sino poder recuperar las pertenencias que aún seguían dentro de su antiguo departamento.

Al llegar al albergue de los Tíos comenzó a juntar dinero gracias a su trabajo de manicura y pedicura a domicilio. Comenta que ya en ninguna estética contratan gente de su edad para ese tipo de servicios. Junto con su hija, que ahora tiene un empleo, pretenden ahorrar lo suficiente para

pagar una renta cerca de ahí; la señora quiere continuar con el trabajo de manicura. Su estancia es por lo pronto indefinida y la información que ha recibido por parte de las autoridades sobre el edificio en donde habitaba es casi nula. Cuenta que tiene que mantenerse al pendiente porque al ser arrendataria sus vecinos la excluyen de las decisiones.

Al entrevistar a los albergados nos dimos cuenta de que la mayoría de ellos, o de sus conocidos, habían llegado en un primer momento a un albergue oficial, pero este había cerrado o sus ocupantes se tuvieron que ir debido a un “desalojo voluntario”. Relataron cómo las autoridades a cargo de los albergues les obligaban a firmar un documento en el que especificaban que su desalojo era porque ya habían solucionado su situación de alojamiento, lo cual era —la mayoría de las veces— totalmente falso. También les prometieron el famoso apoyo de \$3,000 otorgado por el gobierno de la ciudad. Algunos sí lo recibieron, pero muchos otros no.

La situación entre los albergues oficiales y el albergue ciudadano comienza a adquirir nuevas dimensiones cuando la misma delegación empieza a canalizar gente hacia el albergue de los Tíos. Cuenta la Tía que han sido frecuentes las llamadas telefónicas de personal de la delegación Benito Juárez y Cuauhtémoc para pedirles que alojen a personas cuya atención en realidad corresponde al gobierno de la Ciudad de México. Nos contó que las autoridades tenían la intención de canalizar seis adultos mayores, petición que ella rechazó por no tener las condiciones adecuadas para atender a personas con necesidades de salud específicas. También la llamaron para ver si podía recibir a varias familias otomí que se encontraban acampando afuera de su edificio dañado, donde eran ocupantes irregulares y que ahora estaban sufriendo un terrible asedio por parte de los vecinos de la colonia Roma que pretenden expropiar el predio para construir un centro cultural.

La Tía comenta lo difícil del proceso, la convivencia entre la gente se complica conforme pasa el tiempo. Comenta que las primeras semanas de vida en el albergue fueron relativamente fáciles, todos tenían una actitud de agradecimiento y estaban dispuestos a ayudar con lo que fuera posible. Pero pasadas ya las semanas, cuando las rutinas individuales y familiares comenzaban a retornar “a su curso”, empezaron las tensiones. Si bien la convivencia se planteaba desde la flexibilidad, los Tíos optaron por poner ciertas reglas con el fin de evitar desacuerdos como el establecimiento de horarios de comida para los adultos y turnos para la limpieza de los espacios de la casa.

En cuanto a la situación externa al albergue, la Tía cuenta con amargura que la situación se vuelve más crítica conforme va pasando el tiempo.

Cuando estuvimos haciendo las visitas, lo que comían a diario era en mayor medida aportado del bolsillo del Tío. En la casa estaban dispuestos a seguir alojando gente por lo menos durante el próximo año, cuando el Tío ya tenía previsto mudarse por cuestiones de trabajo. Pero también les urgía darle una solución duradera al problema de la falta de víveres y demás necesidades básicas de la casa.

Participar en el proyecto de documentación fue la oportunidad de colaborar de manera voluntaria en un esfuerzo de mucho potencial. El equipo surgió de una clase dada por la profesora Serena Chew, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en la que nos dio la opción de realizar nuestro trabajo final sobre los temblores de septiembre de 2017 porque ella nos decía que marcaron y transformaron la percepción que teníamos del espacio. Así fue como nos integramos a las brigadas. Nuestro equipo estuvo conformado por Yareth Arciniega, Beverly Gil, Daniela Figueroa, Héctor Cortés Ayala y yo, Alejandro Sánchez, todos de la UNAM.

Tanto en los meses que estuvimos participando en la documentación como ahora, me parece de suma importancia ocuparme y preocuparme por lo coyuntural. Como estudiante de antropología (y aunque no lo fuera) fue imposible ignorar lo que se estaba viviendo en la ciudad; tocó hasta nuestra más profunda e ignorada condición de vulnerabilidad. También surgieron entre el equipo algunos interrogantes que fuimos debatiendo semana a semana. Algunas de esas preguntas eran: ¿A pesar de lo que hemos visto como habitantes de la Ciudad de México cabría loar el desempeño de las autoridades después del sismo del 19 de septiembre de 2017? ¿Debemos creer a los boletines que las dependencias difunden para informarnos que ya se está trabajando por reconstruir y reparar las viviendas? Muchas podrían ser las pruebas para dar una contundente negativa a estas preguntas.

Nuestras visitas al albergue reafirmaron muchos de los señalamientos que los medios críticos y personas señalaban: la mala o nula distribución de diversos apoyos que debería proporcionar el gobierno de la CDMX para los damnificados y la poca respuesta de ofrecerles un alojamiento temporal digno. Asegurar condiciones de alojamiento para las personas que perdieron todo debería ser una política del gobierno hasta que todos los damnificados tengan una vivienda. Esto no sucedió así; fueron los esfuerzos de la ciudadanía los que cobijaron a quienes se encontraban en la difícil situación de vivir en la calle.

Siendo realistas veo muy difícil una solución transparente y consensuada para responder a las problemáticas que nos compartieron las personas que pudimos entrevistar en el albergue. El gobierno —que se supone debe prevenir y atender un desastre— incumplió con sus obligaciones

hacia la ciudadanía. Podemos pensar en el sismo como una especie de catalizador de los problemas que ya tienen un arraigado profundo en la estructura de esta ciudad.

Discriminación, fraude, corrupción, manipulación de la información, marginación son solo algunas palabras que podemos utilizar para describir las acciones de las autoridades. Por otro lado, aún podemos aplaudir los esfuerzos que lleva a cabo la sociedad “de abajo”. Surge otra pregunta: ¿Qué podemos esperar de las acciones opacas y enrarecidas de un gobierno que busca salir impune y cómo debemos presionar como sociedad civil para que cumpla con sus obligaciones?

Debo confesar que empecé a participar en el proyecto de documentación de afectaciones con el aún ferviente ímpetu que la indignación enciende en los corazones de los que presenciamos un edificio colapsado y que tuvimos entre nuestras manos escombros de lo que en algún momento fue el hogar de alguien. Ahora pesa sobre mí la frustración de que esa indignación no pudo convertirse en otra cosa que la de registrar la historia de alguien que se quedó sin un lugar dónde vivir, sin un lugar para dormir y con la incertidumbre infernal de las posibilidades de recuperar una vivienda a futuro.

Así como el temblor de 1985 marcó las vidas de quienes lo vivieron, así nos ha de marcar a nosotros el 2017, pues si bien la magnitud del desastre es incomparable, puedo decir que lo que sí es comparable es la execrable negligencia de nuestros gobiernos. A pesar de la frustración, la documentación de afectaciones es hacer memoria, y es en lo que podemos contribuir para no perder de nuevo el rumbo como sociedad, debemos asirnos a ella pues así ha de estar presente en cada paso que demos hacia la reconstrucción de nuestra sociedad.

3. Mis reflexiones como brigadista en la colonia Gavilleros

Testimonio de Jorge Félix Calva Cano

Estudiante de Licenciatura en Derecho y en Filosofía, UACM.

Brigada colonia el Gavilero, Delegación Magdalena Contreras.

En la primera semana del mes de octubre del año 2017, estudiantes de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), decidimos continuar con el trabajo de recolección de acopio, apoyo en asesorías y trámites a damnificados por el sismo. Esta iniciativa que teníamos se combinó con la propuesta del maestro Javier García, quien en ese semestre nos impartía

la materia de derecho administrativo. Su propuesta buscaba realizar brigadas que asistieran a las zonas con mayor afectación, con el objetivo de organizar una base de datos y aprovechar para ayudar a las personas con acopio o a solventar alguna necesidad que tuvieran derivada del sismo.

Respondiendo a la propuesta del maestro Javier, quienes estábamos inscritos en su grupo, nos conformamos en cuatro comisiones: Gavilleros en la delegación Magdalena Contreras, San Gregorio en Xochimilco, la Comisión jurídica y la Comisión de administrativo. Junto con un grupo de estudiantes escogimos la comisión de la Colonia el Gavillero por recomendación de una compañera de la licenciatura en derecho, quien vive a menos de un kilómetro de dicha comunidad. Previamente, ella había escuchado por los mismos vecinos de la afectación en Gavillero, y había asistido a llevar acopio.

La brigada estuvo integrada por siete personas quienes decidimos asistir a ese lugar por distintas razones: 1) La primera es que era el único lugar de toda la Ciudad de México donde no había más de una brigada; 2) los habitantes de Gavilleros se asumían como abandonados tras el sismo; 3) es visible el alto índice de pobreza, marginación y abandono, 4) por el gran número de niños que habitan ahí; 5) consideramos que las condiciones políticas de la zona daban para acelerar la reconstrucción (podríamos decir que a mayor pobreza, mayor interés de los partidos por cooptarlos).

Como brigadistas de un programa de investigación y recolección de datos, no contábamos con la teoría necesaria para poder desarrollar este trabajo, pero el conocimiento en cuestión de derecho y la experiencia que teníamos como parte de una sociedad con pocas alternativas y oportunidades económicas, políticas y en derechos, nos sirvió para plantear caminos y posibles soluciones en la comunidad el Gavillero.

Posteriormente, tuve la oportunidad de asistir al seminario de investigación de desastres socialmente reconstruidos, con perspectiva de Derechos Humanos, en el CIESAS; conocí un poco de la teoría de Fals Borda, quien hace énfasis en la importancia de sumar los conocimientos tanto científicos, populares y los que devienen de la subjetividad, pero dando un enfoque objetivo. Es así que tuve la oportunidad de digerir de forma teórica el fenómeno social de reconstrucción en la Col. El Gavillero. “El conocimiento popular y el sentido común como fuentes de fórmulas” (Fals Borda, 1986).

Considero que la razón para apoyar dicha comunidad surge después de visitar otras zonas de desastre en la CDMX, entre las cuales estaba: San Gregorio; Tlalpan; La Condesa; La Col. Del Valle; La Col. Doctores; La Col. Guerrero; San Lorenzo Tezonco Tláhuac, entre otras. En todas las

zonas de desastre la ayuda era indispensable y no importaba el tamaño de la afectación, sino que se tenía que atender a todos los afectados; bajo esta premisa es que consideramos que Gavilleros también merecía ser visibilizado y ayudado.

En la visita a la Col. El Gavillero, aparte de ser testigos del nivel de pobreza, desnutrición y enfermedades que tienen los habitantes, decidimos preguntarles sobre el tipo de alimentos que consumen después del sismo, la respuesta fue: “los mismos que consumimos siempre, sopa, arroz, frijoles, enchiladas, nopales entre otras cosas”.

Después de su respuesta les ofrecimos apoyo en víveres y su petición no fue distinta, solicitaban que les apoyáramos con bolsas de arroz y frijol, aceite, sopa, jitomate y material higiénico. Ante dicha situación consideramos que el apoyo debería ir más allá del sismo y que el trabajo que deberíamos emprender tenía que dirigirse a mejorar las condiciones de vida de la zona, tanto materiales como culturales. Las condiciones económicas y de hábitat, son factores fundamentales en el crecimiento cultural y educativo de los niños, esa fue una prioridad que trazamos en los objetivos; mejorar las condiciones de vida de los niños y acercarlos a nuevas formas de convivencia que puedan conllevar a una formación más sana. Ejemplo de las actividades que alcanzamos a realizar fue un taller de elaboración de papel picado y figuras para el día de muertos, el mismo día colocamos una ofrenda en una de las casas de los damnificados. Durante el desarrollo del taller los niños mostraron felicidad e inclusive corrían a enseñarles a sus padres las cosas que habían realizado, mostraban satisfacción por lo aprendido. Alcanzamos a ver que, al concebir un desastre como socialmente construido, se pueden expresar más problemas, pero también más soluciones a los problemas existentes.

Regresando a las cinco razones que nos motivaron inicialmente, la última la entendimos así: vimos que las condiciones de pobreza no eran distintas a las que existen en la zona Norte de la Ciudad de México y que inclusive la dinámica de vida era casi la misma. Tal situación nos llevó a deducir que no tardaría el gobierno en hostigarnos o desplazar el apoyo que intentábamos ofrecer. Pero, si así lo hacía, tendría que sustituir nuestro ofrecimiento a la comunidad y lo tendría que asumir el gobierno.

A principios de noviembre de 2017 visitamos el lugar con el fin de contribuir al proyecto de documentación. Tuvimos la oportunidad de acercarnos a los damnificados, nos permitieron entrar a sus casas, aún se percibían las grietas y polines sosteniendo la estructura. Los daños que sufrieron sus casas acrecentaron el riesgo que ya existía. Las casas se encuentran en la bajada de un cerro, en tiempos de lluvia el agua desliza la tierra y la basura

lo que genera charcos de lodo en la parte plana, frente a sus casas. A pesar de ser una zona semi-rural sus condiciones de vida son muy precarias. Cuando me di cuenta de que los niños y las familias desarrollan sus vidas completas en pisos de tierra, y que entraban mucho aire y frío por las rendijas de las láminas, me dieron ganas de seguir ahí hasta que reconstruyeran.

Durante la primera etapa del proceso de documentación, preguntamos a los damnificados si recibían ayuda o apoyo por parte de alguna organización civil o gubernamental. Nos respondieron que no, que la única ayuda que recibieron fue justo después del sismo y tras el primer mes, cuando algunas de sus casas fueron demolidas. La Delegación Magdalena Contreras y algunos vecinos donaron madera y láminas, y apoyaron a levantar cascajo. Después ya no se volvieron a ver los apoyos.

Algunos vecinos mencionaron que poco tiempo después del sismo acudieron a las oficinas de la delegación para solicitar la reconstrucción de sus casas, pero las autoridades delegacionales respondieron que no era competencia de ellos, sino del gobierno de la Ciudad de México y del gobierno Federal (lo cual es contradictorio si uno contrasta el caso de Gavilleros con Santa Rosa Xochiate donde la delegación participó de manera activa en la reconstrucción de las casas dañadas). Otro de los argumentos que les dieron para explicar por qué a la delegación no le correspondía ofrecer planes de reconstrucción es que Gavillero no es una zona habitable; por el contrario, forma parte de una reserva ecológica (un argumento que también contradice lo que se expone posteriormente).

A mediados de diciembre de 2017, los damnificados nos informaron que la Delegación ya les iba a reconstruir, y de una forma violenta rechazaron que volviéramos a ofrecerles apoyo. El 8 de marzo de 2018 regresé a la colonia y vi por primera vez que en efecto ya les estaban reconstruyendo sus casas, pero recordé que a mediados de noviembre una de las personas damnificadas había dicho que los terrenos en los que viven y las casas afectadas pertenecen a un ejidatario. Dicha situación pone en duda la profesionalización de las autoridades al reconstruir, e inclusive el posible engaño a las familias y la violación al derecho de uso sobre el terreno del dueño.

Según las personas que entrevisté en esa visita el día 8 de marzo, supe que durante el proceso de demolición y reconstrucción la mayoría de los niños se tuvieron que ir a vivir con algún familiar, dado que sus padres se tenían que quedar para cuidar sus terrenos. De hecho, una señora me contó que en Gavillero solo está viviendo una persona por familia en lo que logran reconstruir sus casas. Estas decisiones son la única opción que tienen dado que el albergue que abrieron las autoridades solo permaneció un mes abierto, lo que obligó a las familias a regresar de forma improvisada a sus

hogares, aunque estos estuvieran severamente dañados. Recordemos que desde finales de septiembre muchos centros de acopio y albergues dieron por concluida sus labores. Incluso la Cruz Roja cerró sus centros de acopio el 18 de octubre de 2017.

El hecho de que los niños se quedaron sin hogar, lejos de sus padres y sin poder ir a sus escuelas, me hace preguntar cómo el Estado está incumpliendo con sus obligaciones de garantizar las condiciones que permitan a los niños desarrollar capacidades cognitivas y afectivas, por medio de actividades recreativas y en convivencia, y de proteger los derechos de los niños a la salud y a condiciones seguras, tal como lo establecen los Artículos 5 y 6 de la Convención de los Derechos de los niños que marcan como derecho primordial el de la conformación familiar y las garantías a los niños. Para resumir, este proyecto nos lleva a determinar que no solo hacen falta protocolos, sino hace falta que se cumplan las normas nacionales e internacionales en materia de protección y defensa de los Derechos Humanos.

4. Sobre mis encuentros y desencuentros con los damnificados en el Parque de la Delegación Cuauhtémoc

*Testimonio de María Guadalupe Escudero Cortés
Estudiante de Licenciatura en Derecho UACM, Plantel Cuautepec.
Brigada Delegación Cuauhtémoc.*

Yo coordiné la documentación en el Parque en la Delegación Cuauhtémoc, un parque público donde vive un grupo de damnificados que primero fueron afectados por el sismo del 19 de septiembre de 1985 y nuevamente por el sismo ocurrido el mismo día, en 2017.

Quienes formamos la brigada, Mayra, Paty, Noemí, Perla y yo, nos dimos cuenta durante nuestra primera visita de que había personas de la tercera edad, gente adulta y niños viviendo en el parque; todos desamparados por las autoridades correspondientes. Cuando hablé con ellos sentí demasiado dolor; al ver la situación en la que se encontraban inmediatamente sentí ansiedad por ayudarlos en todo lo que estuviese en mis posibilidades. Al presentarnos con los representantes del Parque, les explicamos que no éramos representantes del gobierno y tampoco de ningún partido político, sino que somos una iniciativa civil integrada por profesores de la UNAM, el CIESAS, la UACM, el Instituto Mora, entre otros, junto con organizaciones de derechos humanos. Les ofrecimos nuestro apoyo diciéndoles que no estaban solos.

Empezaron a expresar sus inconformidades dado que ninguna autoridad los había visitado. Sabían que varios países habían enviado ayuda económica para ayudar a los damnificados, pero no sabían dónde estaba todo ese dinero que había recibido el gobierno mexicano. Aunque se habían dirigido a la Delegación, los funcionarios los habían ignorado, querían demoler sus casas sin resolverles su situación de vivienda. Cuando llegó la maquinaria pesada para demoler sus viviendas, se opusieron. Las autoridades querían demoler y venderles nuevamente otro inmueble a un costo de un millón de pesos. Sin embargo, las personas con las que hablamos se encuentran en condiciones económicas muy precarias, ninguna de ellas percibe un salario que le alcance para cubrir el costo de un millón de pesos. Sobre todo las personas de la tercera edad que trabajaron toda su vida para tener su patrimonio, que ahora se encuentra destruido. También nos compartieron que pronto llegaría el periodo electoral. Sus experiencias a lo largo de sus vidas han sido que los candidatos prometen todo, pero después de las elecciones se olvidan de sus promesas; los políticos se enriquecen a costa de todo el pueblo mexicano. Por eso nos explicaron que no iban a votar por ningún partido.

Varias personas nos invitaron al interior de sus viviendas; pudimos comprobar que estaban totalmente inhabitadas. Después de tomar algunas fotografías y videos, salimos inmediatamente del lugar pues el inmueble está en alto riesgo de colapsar. Aunque el inmueble sufrió daños importantes en el 85, las autoridades nunca hicieron nada al respecto y entonces vivieron más de treinta años ahí arriesgando su vida. Tras el sismo de 2017 ya los daños eran tan severos que se tuvieron que ir a vivir en el Parque. Ahí instalaron un campamento y se organizaron para cuidar los alrededores de sus viviendas y para evitar que desconocidos entraran al inmueble a robarles sus pertenencias.

Les preguntamos qué necesidades de acopio tenían, y nos respondieron despensa, unas parrillas de gas (pues tenían un horario donde cocinaban para todos). Dado que el proyecto planteaba documentar y a la par ofrecer apoyo humanitario, nos dimos a la tarea de buscar lo que nos pedían. En un principio establecimos una relación de confianza con todos los damnificados del Parque, expresaron agradecimiento con todas nosotras. Acordamos la fecha y horario para realizar la documentación. En ese momento estuvo presente una buena parte de los damnificados y los que no estuvieron presentes dejaron sus datos a sus mismos compañeros para que los buscáramos después. Fue una dinámica de mucha colaboración la que logramos establecer. No solo llenamos todos los formularios para la documentación sino buscamos la despensa que nos habían solicitado y prometimos hacer

todo lo posible para conseguir una parrilla. Al despedirnos nuevamente les dijimos que no estaban solos y que si tuvieran cualquier pregunta o necesidad que se comunicaran conmigo e intercambiamos teléfonos.

Durante tres semanas estuvimos en comunicación, mientras yo buscaba cómo conseguir la despensa y la parrilla. Para esas fechas ya muchos lugares de acopio habían cerrado, incluso con la ayuda de mis profesoras en la UACM buscamos acopio en nuestra universidad, pero ya no había. Solicité a los estudiantes de la UACM nuevamente llevar acopio, al mismo tiempo que investigué cuáles centros permanecían abiertos. Logré encontrar la despensa y la profesora Mylai [Burgos] me ayudó a conseguir la parrilla. ¡Por fin ya tenía lo que me habían solicitado! Y no solo eso, sino otras personas me habían ofrecido baños públicos y obras de teatro y payasos para los niños. Además les darían juguetes a los niños. Me volví a comunicar con las personas que habíamos entrevistado y al no recibir ninguna respuesta, mi compañera Mayra y yo fuimos directamente al Parque. Nos dirigimos con las encargadas y nos recibieron muy mal, incluso se portaron groseras con nosotras, acusándonos de haber subido al Facebook la información que nos brindaron. Les respondimos que de ninguna manera, que esa información es confidencial. Les preguntamos quién les había dicho eso, ya que por el contrario seguíamos apoyándolos, que ya habíamos conseguido el acopio, la parrilla, baños públicos y obras de teatro, juguetes y payasos para los niños. Nos respondieron que ya no necesitaban nada, que ya hasta tenían baños públicos, que nos lleváramos todo eso a quien sí lo necesitara. Nos despedimos para evitar el maltrato, pero les dijimos que nos daba gusto que estuvieran bien, que si algo necesitaban se volvieran a comunicar.

Al ir caminando por el otro extremo nos dimos cuenta de que ya tenían baños públicos. Nos dirigimos a una señora de la tercera edad que estaba afuera de su vivienda que ya se encontraba acordonada. Cuando estuvimos hablando con ella nos dimos cuenta de que pertenece a otro edificio afectado, del lado de la calle X y que no había sido invitada por parte de los representantes del Parque para participar en las encuestas, ni a los demás de su edificio. Fue entonces que la señora nos empezó a platicar que los damnificados del Parque y unos de la calle X se agarraron a golpes, ya que un partido político les había llevado acopio y baños públicos. Sin embargo, a ella no la habían tomado en cuenta porque no quiso unirse al partido político, aunque nunca nos dijo cuál era.

En ese momento supimos que de alguna manera se introdujo un partido político que les habló mal del apoyo que les habíamos ofrecido. En ese momento sentí una gran decepción ya que sí eran personas que realmente necesitaban apoyo, pero no pude hacer nada para ayudarlos.

5. Reflexiones sobre mi participación en las Brigadas en las colonias Portales y Tránsito

Testimonio de Yvan Morales Parra

Estudiante de Licenciatura en Derecho, UACM.

Brigadas en las colonias Portales, Delegación Benito Juárez y Tránsito, Delegación Cuauhtémoc.

Me encontraba en el Palacio Nacional cuando sucedió el temblor del 19 de septiembre de 2017. Era mi segundo día de servicio social y estaba finalizando un recorrido por todas las áreas del recinto histórico. Aunque el sismo se sintió muy fuerte, la estructura aguantó bien. Después del susto y, luego de corroborar por mensajes o por llamadas que mi familia y amigos más cercanos estuviesen bien, me trasladé a mi casa con cierta dificultad por el caos que se había apoderado de la ciudad. Aún no dimensionaba la magnitud de la catástrofe. Siendo muy sincero y para mi vergüenza, confieso que durante el tiempo que no hubo actividades ni en la universidad ni en mi servicio social no me preocupé por las demás personas, solo agradecí al cielo que no hubiese ocurrido una desgracia ni a mi familia ni a mí.

Días después el profesor Francisco Javier [García] nos invitó a que nos comunicáramos con la profesora investigadora de la UACM, Mylai [Burgos]. Fue gracias a ella que me integré a los talleres de capacitación para ser parte del proyecto Documenta desde Abajo 19S. Comencé a ir a los lugares que nos habían asignado bajo la coordinación de la profesora Mylai.

El primer lugar al que asistimos fue en la colonia Portales Norte. Ahí tuvimos un acercamiento con las personas damnificadas. Aunque al principio nos miraban con cierta desconfianza, comenzaron a aceptar que los entrevistáramos, no sin antes haberles expuesto el motivo de nuestra visita y el objetivo de las entrevistas. Nos dimos cuenta de que las personas damnificadas en el fondo estaban ávidas de tener a alguien que las escuchara y que se solidarizara con ellas.

Estaban a la espera de que los funcionarios de la Delegación Benito Juárez se encargaran de la demolición y reconstrucción del edificio, ya que este estaba a punto de colapsar. En este caso, una parte de los vecinos contaban con los recursos y tenían las redes que les permitían trasladarse a vivir a otro lugar, ya fuese con familiares o amigos, o bien a rentar otro departamento. Más que la pérdida material, la mayoría de las personas compartieron sentirse muy afectadas por la pérdida de sus objetos personales, ya que tenían un valor sentimental importante. Las fotos y otras pertenencias representaban los recuerdos de vivencias y de su historia personal en

el lugar que fue por muchos años su hogar. Para algunos, ese edificio había sido su hogar por más de treinta años.

De todas las personas que entrevisté, una mujer estaba muy preocupada porque no había terminado de pagar la hipoteca de su departamento. Dado que somos estudiantes de derecho, nos dimos a la tarea de investigar los procedimientos que se requiere realizar en estos casos ante dependencias como PROFECO, INFONAVIT, FOVISSSTE, CONDUSEF, entre otras. Fue gracias a una guía sobre derechos que pudimos ofrecerle una orientación respecto de los trámites que podían realizar. Fue particularmente útil una guía jurídica consolidada que entregaron durante la capacitación del proyecto Documenta 19S. Aunque no se hizo una asesoría legal como tal, por lo menos sentí que como estudiante de derecho podía aportar un poco de mis conocimientos y así ayudarle un poco a alguien que lo necesitaba; le pude explicar sobre los trámites jurídicos-administrativos que ella tendría que realizar.

El segundo lugar que visité fue un edificio dañado en la colonia Tránsito, Delegación Cuauhtémoc. En esta ocasión le pedí al profesor Francisco Javier que visitáramos este lugar por motivos personales, ya que en dicho edificio vive un familiar cercano. Aunque dicha estructura no estaba al borde del colapso, como era el caso del edificio en la Portales, las bardas de un edificio aledaño se cayeron durante el sismo, lo que ocasionó daños considerables en tres departamentos.

A diferencia del edificio de la Portales, este inmueble lo habitaban personas de clase media baja. La diferencia de clase fue notable dado que afrontaron la misma tragedia de una manera distinta. Dadas sus condiciones socio económicas más precarias, para mí fue evidente cómo les afectaba la incertidumbre, el desasosiego, la ansiedad, la preocupación y la zozobra de no saber a dónde irían, qué harían, qué pasaría con su patrimonio que con mucho esfuerzo muchas aún estaban pagando. Estos estados emocionales se vieron aún más afectados por la falta de claridad respecto de qué autoridad era la indicada para reclamar la reparación del daño ocasionado por la estructura aledaña.

Después de realizar las entrevistas en este predio de la colonia Tránsito, al menos dos dueños de tres de los departamentos afectados nos pidieron un tipo de orientación para determinar qué procedía en términos jurídicos con su inmueble y con el inmueble responsable del daño. Utilicé la misma guía para explicar cuáles eran las vías indicadas y ante qué instancias jurídicas podría iniciar las acciones necesarias.

Como estudiante fue una gran experiencia sentir que pude hacer algo útil. Aunque no participé en la remoción de escombros, el proyecto Docu-

menta desde Abajo 19S me permitió apoyar a personas afectadas a evitar que cayeran en los abusos de alguna autoridad y tener información necesaria para proteger su patrimonio y sus derechos. Ser parte de una brigada en este proyecto me hizo entender que es posible contribuir desde un sentido humanitario y social a aquellas personas que lo necesitaban. Agradezco a Dios y a la vida el darme esa oportunidad.

6. *Experiencia de la brigada de documentación (Tierra Colorada, Magdalena Contreras)*

*Por José Luis Soto Espinosa
Estudiante del Instituto Mora.
Brigada en la Delegación Magdalena Contreras.*

La brigada de la Comunidad Estudiantil del Instituto Mora realizó labores de documentación en la Colonia Tierra Colorada, de la Delegación Magdalena Contreras. Desde el momento en que nos dijeron en dónde trabajaríamos nos dimos a la tarea de informarnos sobre las condiciones del lugar. Pronto surgirían notas periodísticas sobre la supuesta “peligrosidad” y “alta marginación” de la colonia que llamarían nuestra atención. Con todo, decidimos continuar.

Se presentó el día para ir a Tierra Colorada, al llegar la persona que sería nuestro contacto jamás respondería nuestras llamadas. Mercedes, nuestra compañera de la UACM, cansada de esperar, comenzó a hablar con las personas del lugar, preguntando por “la señora”, quien supuestamente nuestro contacto debía presentarnos.

Nos sorprendió que las personas pronto reconocerían a quién buscábamos, una lideresa comunitaria que desde la fundación de la colonia ha intermediado con autoridades y gobiernos de distintos partidos para dotar de los servicios más básicos a la población de Tierra Colorada, a veces de forma diplomática, otras veces echando mano de la acción contenciosa.

La señora sería la que nos conduciría a cada una de las casas de las y los afectados por el sismo del 19 de septiembre, todos nos repetirían historias similares de desatención gubernamental. Las personas notaban que existía una continuidad entre la marginación de servicios que han padecido desde hace años, con el hecho de que las autoridades se negaran a incluirlas en los programas de reconstrucción por no tener más que un contrato de compraventa que avalara su propiedad, o por considerar que las personas, por ser pobres de por sí, mentían sobre el evidente daño en

sus domicilios, que jamás fueron revisados por personal de Protección Civil. Al respecto, fue la misma señora quien logró contactar a un arquitecto quien de “buena fe” revisó algunas de las casas dañadas.

Notamos que las historias de humillaciones que sufrieron frente a quienes se encargaban de inscribirlos a dichos programas se empalmaba con otras historias de igual agravio en las que nos narraban cómo discriminaban a sus hijos en las escuelas de Tlalpan (porque en Tierra Colorada no hay escuelas, hospitales, ni ministerios públicos), pues a decir de los maestros, “se veía que eran de Tierra Colorada”, pues tenían sus zapatos y calcetas llenas de lodo por bajar caminando en medio de la lluvia.

Durante los procesos de documentación nos dimos cuenta de que las afecciones materiales del sismo eran muy particulares, pues las casas estaban en su mayoría hechas de materiales precarios como lonas (en lugar de paredes), láminas (en lugar de losas) y polines (en lugar de castillos). Esto era aún más evidente cuando nos decían que el gobierno les había dado láminas que no podían usar, debido a que los polines dañados por la humedad que sostienen sus casas antes del sismo no serían suficientemente resistentes para sostenerlas y corrían el riesgo de que, al vencerse, “ahora sí los fueran a matar”.

Al terminar las jornadas de documentación, asistimos una última vez a Tierra Colorada, ya que nos habían dicho que una psicóloga integrante de una A.C. prestaba sus servicios de forma gratuita a las y los afectados por el temblor. Al llegar fue mucha nuestra sorpresa cuando ella nos comentó que la gente que atendía pocas veces había mencionado el sismo, más bien ocupaban la hora de consulta para hablar de otras violencias que vivían en sus vidas cotidianas: como en el hogar, en el trabajo o con sus vecinos.

De inicio no entendíamos por qué la psicóloga decía que desde su experiencia en Tierra Colorada no había daños tan severos, más cuando nosotros habíamos documentado casa por casa esos daños. Tras reflexionarlo, caímos en cuenta de que, aunque traumático, el sismo y los problemas que desencadenó solo era un eslabón en una serie de violencias y marginaciones que la población de ahí había padecido.

Nos queda en la memoria el caso de una joven que conocimos; ella tenía dos hijos, gemelos, uno presentaba la talla de un bebé de su edad y otro medía apenas la mitad de su hermano. Ella nos comentó que el más pequeño padecía una enfermedad que le impedía tomar leche materna y no recibía bien los suplementos alimenticios, por lo que estaba bastante débil. En nuestro último día en Tierra Colorada, la señora nos comunicó que el niño había muerto, en parte por su enfermedad, en parte porque el sismo había tirado una de las paredes de su casa por lo que el viento de

invierno entraba casi directamente a las habitaciones, en parte porque la madre debió tomar un microbús con su hijo enfermo para llevarlo de urgencia a un hospital a Tlalpan, por lo que no llegó a tiempo.

Es verdad, el sismo fue un hecho que nos marcó a todos los habitantes de la ciudad, su efecto se percibió tanto en las colonias más acaudaladas como en las más humildes. No obstante, el desastre fue mayor cuando se encontró con otro siniestro, más letal y más longevo que el ocurrido el 19 de septiembre. La desigualdad social, la exclusión, la marginación y la indiferencia de las autoridades magnificaron las “réplicas” del terremoto, aquello que estaba aún en pie se vino abajo, hizo de la pobreza su epicentro y todos en torno a ella padecieron su inclemencia.

7. Experiencias adquiridas de la brigada de San Gregorio Atlapulco, Xochimilco

*Por María Asunción Avendaño García, Ana Belén Vilchis González, Eduardo Vásquez Zecua, Irvin Ulises Herrera Cruz, Janet Hidalgo Rico, Johana Pérez Anaya, Joshua André Ríos Maya, Karen Rivero López, Luz Angélica Méndez Estrada
Colegio de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
Brigada en San Gregorio Atlapulco, Xochimilco.*

El trabajo de campo en el que colaboramos con el equipo de la Mtra. María Asunción Avendaño fue realizado en tres salidas diferentes. En un primer momento, el trabajo previo a la visita a San Gregorio Atlapulco fue organizado y ensayado para aplicar la encuesta sobre albergues y campamentos. Sin embargo, al llegar al lugar nos encontramos con que ya no había campamentos (nunca hubo albergues oficiales). Esto nos exigió adaptar la labor que teníamos que realizar.

Tanto el trabajo previo a la visita de campo como la adaptación y rearticulación del trabajo proyectaron una experiencia de gran aprendizaje, no solo como geógrafos, sino como profesionistas. Debemos ser capaces de vislumbrar los elementos presentes en nuestra realidad para comprender los procesos de los cuales son resultado y enfrentar los retos que puedan presentarse al obtener la información.

Es así como, para lograr el propósito del proyecto, fue indispensable un nuevo reconocimiento de la situación del lugar. Para alcanzar este nuevo objetivo fue importante la experiencia como geógrafos en el trabajo en campo. Además, al situarnos en este momento tan particular de la historia

del país, aprendes que se debe ser sensible y comprensiva ante tales circunstancias y que, a pesar de lo impactante de la situación, debemos ser claras con los alcances que nuestro trabajo tiene, así como tener siempre presente que sí se puede tener un impacto positivo con las personas con las cuales tuvimos la oportunidad de platicar.

Como geógrafos, el realizar este trabajo nos permitió no solo observar las formas de actuación de la sociedad ante un fenómeno natural, y con ello las diversas fases del desastre, sino también pudimos incorporar una dimensión que hasta entonces no había tomado en consideración: los derechos humanos.

Los derechos humanos, a pesar de su larga data y de todas las luchas colectivas que los han forjado, aún no nos quedan claros y, lo más grave, no se sabe a ciencia cierta cómo ejercerlos. Este desconocimiento puede verse reflejado en múltiples ámbitos, pero apreciar su dimensión y alcances en una situación tan particular como lo fue el sismo del 19 de septiembre y sus consecuencias, es una de las grandes experiencias que obtuvimos al participar en este proyecto.

También es impresionante notar que los intereses de unos pesan más que el acceso a una vivienda digna. A muchas de las personas afectadas que no tenían recursos para arreglar sus viviendas o para reconstruirlas les fueron impuestas pequeñas casas prefabricadas, donadas por empresas privadas. A partir de este acercamiento a campo fue posible formular una serie de preguntas: ¿qué se entiende por el derecho humano a una vivienda digna?; ¿de verdad no es posible elegir la forma de nuestras viviendas si no se cuenta con el dinero suficiente?; ¿en qué condiciones las empresas privadas hacen estas “donaciones”? y ¿por qué el gobierno tanto federal como local permite esta forma de actuar de las empresas?

El ejercicio de los derechos humanos tiene una dimensión espacial que la Geografía puede estudiar y analizar, no solo para aportar nuevos conocimientos a las ciencias sociales, sino para apoyar a nuestra sociedad. En la primera visita a San Gregorio Atlapulco fue posible observar que, a pesar de que los daños se encontraban por todos lados, el apoyo y la organización se concentraba en la zona centro. Sin embargo, no todo es desconocimiento de los derechos humanos; esta primera visita permitió sentar bases para identificar quiénes sí recuperan y ejercen sus derechos y la forma en la cual lo hacen. Pero, sobre todo, nos permitió vislumbrar que el ejercicio de los derechos humanos no es solo una cuestión individual sino también colectiva, lo cual es aplicable a cualquier otra situación.

Por otro lado, sobre la cuestión económica, la mayoría de las personas obtienen ingresos por medio del comercio, ya que esta zona es la que ex-

porta legumbres, así como flores de temporada, a la CDMX. A raíz de los eventos hidrometeorológicos del mismo mes de septiembre, las fuentes de ingresos se vieron afectadas. Aunado a esto, el evento sísmico ocasionó una fuerte crisis en la que la mayoría del pueblo había resultado afectado debido al colapso de casas, a fracturas en columnas, caída de postes eléctricos, suministro de agua, por lo que se había limitado el acceso a los servicios básicos para su reparación.

En este sitio, la importancia patrimonial ha sido uno de los elementos principales para la atención en la reconstrucción del pueblo a partir de materiales amigables con el ambiente, y que se puedan recuperar los vestigios de las iglesias y de los templos que hay en las orillas.

El apoyo en este barrio fue abundante conforme pasaban los días. A pesar de que los medios de comunicación y el propio gobierno no difundían la situación por la que estaba pasando, cuando se restableció la comunicación y se confirmó que este pueblo necesitaba ayuda, voluntarios y brigadistas asistieron. De igual manera voluntarios extranjeros han llegado para identificar las posibles vías de reconstrucción y apoyar en esta labor.

Finalmente, el hecho de aplicar la “encuesta familiar única” en una tercera visita permitió vislumbrar de mejor forma el tipo de organización entre las y los habitantes, así como el actuar de las autoridades, las organizaciones civiles y, sobre todo, la fuerte incidencia de empresas privadas para la reconstrucción. Por tanto, las tres salidas realizadas a San Gregorio nos permiten observar las fases del desastre, particularmente en la Respuesta y la transición a la fase de la Recuperación.

Agradecemos al pueblo de San Gregorio Atlapulco por la confianza al grupo de estudiantes del Colegio de Geografía de la FFyL, UNAM.

8. Experiencia de la brigada en la colonia Portales,

Delegación Benito Juárez

Por Sandra Carmona Cárdenas

Estudiante de la UNAM.

Brigada en la colonia Portales, Delegación Benito Juárez.

Pocas semanas después del terremoto ocurrido el 19 de septiembre de 2017, un grupo de estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales —del cual fui parte— nos coordinamos por contacto del Dr. Israel Solorio para hacer visitas a diferentes edificios que habían resultado dañados en la Delegación Benito Juárez, con la finalidad de obtener información a partir

de entrevistas dirigidas a los(as) damnificados de la zona. He de reconocer que mis expectativas acerca del proyecto eran grandes, los edificios afectados se encuentran a pocas cuadras del lugar donde habito desde que nací y por tanto los vínculos afectivos y de pertenencia que he generado hacia la zona son fuertes. Mi cercanía personal con la colonia influyó en la forma que tuve un acercamiento mucho más íntimo con los(as) damnificados al momento de realizar las entrevistas.

Cabe señalar que por motivos de cercanía y seguimiento con los diferentes damnificados en la colonia Portales Norte adquirió especial relevancia para nosotros. Ante ello es necesario hacer énfasis en que la narración que se desarrolla en el presente, pretende dar voz a aquellos(as) que nos brindaron confianza comentándonos las fuertes experiencias a las que tuvieron (y seguramente, aún tienen) que enfrentarse después de lo acontecido el 19S; además de agradecer el esfuerzo de los estudiantes que mostraron interés, no solo en la aplicación de entrevistas, sino también en los(as) damnificados, razón por la que a pesar de que a lo largo del texto me esfuerzo por narrar en primera persona, en algunas partes descubrirán algunos “nos”.

Para cualquier persona que no viva por zonas afectadas después del 19S, caminar por la Colonia Portales Norte representaba una experiencia de verdadero impacto, afirmación que es posible de sostener gracias a los comentarios que varios de los compañeros realizaron al ver los diferentes edificios apuntalados. Sin embargo, caminando sobre Miguel Laurent en dirección a Tlalpan, pude notar que pocos eran los edificios que presentaban algún daño a simple vista, lo cual me tranquilizaba y me hacía sentir relativamente segura. Cuando llegamos a la esquina encontramos un edificio que a simple vista lucía como un edificio en perfectas condiciones; hecho que se reafirmaba con el local de grupo FAMSA, el cual se encontraba funcionando de manera normal y que se ubica en la planta baja del inmueble. Cabe señalar que en el primer piso del inmueble se encuentran actividades deportivas que —según nos comentaron— estaba a punto de reanudar. No obstante, la situación se tornaba confusa para nosotros los(as) entrevistadores porque a unos pasos de la entrada del edificio se encontraba un campamento con alrededor de unas seis personas.

De primera instancia pude percatarme que había desconfianza por parte de los(as) damnificados hacia nosotros, ya que de las primeras preguntas que nos realizaron fueron: ¿de dónde veníamos?, ¿con qué interés y por qué? Sin embargo, la tensión comenzó a cesar cuando el Dr. Israel Solorio mostró su credencial de la UNAM y explicó el propósito del proyecto.

Como se mencionaba, la apariencia externa del edificio era impecable, incluso estaba recién pintado y con un local en perfecto funcionamiento, cosa que desconcertaba y al mismo tiempo producía interés entre nosotros. ¿Curiosidad y cierta confusión?

Nerviosa de iniciar la primera entrevista, me presenté amablemente con una de las damnificadas, una señora de la tercera edad, con el cabello cano y cierto acento en la entonación de sus palabras. Adentrándonos en la entrevista descubrimos que la mujer no era mexicana de nacimiento, sin embargo, la mayor parte de su vida había transcurrido en la Ciudad de México, justo en ese edificio. Al escucharla, pude percibirme de la incertidumbre y vulnerabilidad que ella sentía al estar habitando un edificio que en su interior escondía una serie de daños físicos imposibles de pasar desapercibidos. La señora describía la presencia de grietas entre muros que permitían ver de una habitación a otra, así como la preocupación notoria en su voz al hablar de un tanque de gas que se encontraba en la azotea del edificio, el cual representaba riesgos para los habitantes del inmueble. El peligro ya había sido reportado a las autoridades, sin embargo, no recibieron respuesta alguna, misma situación que se replicaba en el caso del espectacular que representaba riesgos para la propia infraestructura del edificio debido a su peso.

Al seguir charlando con los damnificados(as) que se encontraban en el campamento, logramos comprender que la situación que vivían tenía una peculiaridad: todos los habitantes del inmueble eran (son, en algunos casos) arrendatarios. Su situación me provocó una duda que sin tapujos pregunté: ¿por qué seguían en el edificio? Primero se lo expresé a la mujer de cabello cano y acento peculiar; ella me respondió con una frase que me pareció de suma profundidad: “No me siento a gusto con mis hijos u otros parientes, en este lugar he estado desde que llegué, aquí es mi hogar”. Entiendo que para el lector, es probable que de primera instancia esto sea una obviedad, sin embargo, a mí me provocó una empatía impresionante; comencé a pensar en la independencia que cierto lugar te da, a la costumbre que se genera al visitar ciertos lugares de manera constante, además de reflexionar sobre el sentido de pertenencia que los seres humanos desarrollamos hacia los lugares en los que pasamos gran parte de nuestro tiempo.

Posteriormente, entrevisté a una mujer de unos 19 años y a un hombre de la misma edad. La incertidumbre y la preocupación podía vislumbrarse en ambos tanto en sus anécdotas, como en sus expresiones faciales. La primera, colocó dudas sobre la habitabilidad que el inmueble poseía; se refirió a la falta de un dictamen que no generara contradicciones entre los arrendatarios. Nos comentó de la existencia de tres dictámenes que

no coincidían unos con los otros —el primero había sido dado por Protección Civil, el cual mencionaba que el edificio había presentado daños estructurales, por lo que había sido acordonado—. El Grupo FAMSA había generado otro dictamen el cual concluyó que el edificio podía volver a funcionar y ser habitado, ya que solo había sufrido daños estéticos. Hecho que coincidió con un tercer dictamen, realizado por la inmobiliaria. Dichos dictámenes, terminaron por ceder autoridad a Grupo FAMSA para retirar las cintas que acordonaban el lugar y volver con sus actividades, esto ante la ausencia de autoridades gubernamentales, quienes no volvieron a regresar al inmueble después de la elaboración del primer dictamen.

Describir la preocupación de los jóvenes me resulta curioso, en sus rostros al narrar experiencias permanecía una sonrisa pícara, como si la esperanza de que todo mejorara estuviera presente. Era impresionante escuchar la posibilidad de ver entre una habitación y otra a través de las enormes grietas que se habían hecho durante el sismo. Un joven mencionaba que podía ver desde su habitación la de su abuela y que, además, durante el sismo se había producido un incendio controlado en la cocina de su departamento. La desgracia fue grande para su familia, la abuela sufrió lesiones en la pierna mientras bajaba las escaleras durante el sismo y su madre perdió su empleo porque el sismo dañó el inmueble en el que laboraba. Él mismo nos comentó que tuvo que dejar la universidad (privada) porque los gastos adicionales que implicaba ser damnificado y porque ahora tenía que quedarse en el campamento para hacer guardias y cuidar de la salud de su abuela.

La experiencia del joven me hizo reflexionar sobre el impacto que un fenómeno natural puede tener en la vida de los seres humanos, y sobre todo lo vulnerables que nos encontramos al no tener ninguna certeza de la condición, tanto física, como jurídica, de los lugares donde se vive y se labora. Asimismo, pensé en la falta de interés de los gobiernos ante los arrendatarios, en lo fácil que fue para el gobierno deslindarse de cualquier responsabilidad para defender la condición de las familias que rentaban (rentan) en el lugar y la falta de ética de la empresa.

A pesar de que ya había realizado la pregunta antes, volví a hacerla: ¿por qué no se han ido del edificio si rentan? Los(as) damnificados señalaron que tiempo atrás habían pagado un seguro a la inmobiliaria en caso de cualquier desastre, sin embargo, hasta el momento no había sido efectivo. Según nos comentaron, la inmobiliaria se justificó mencionando que otros edificios se habían derrumbado y que el dinero era escaso en esos momentos. Además, argumentaban que ir a rentar a otro lugar era mucho más costoso que seguir ahí con la esperanza de que se arreglara el edificio.

Ante estos argumentos, me daba la impresión de que los(as) damnificados realmente buscaban llegar a buenos términos con los dueños; no obstante, hasta finales del año pasado, la situación era la misma.

Cabe señalar que realizamos diferentes entrevistas al lugar, con la finalidad de recabar toda la información posible. Las perspectivas son distintas cuando se toman en cuenta tanto las edades, como la situación laboral y económica en la que las personas se encuentran, no obstante, era común entre los(as) damnificados la preocupación por la condición de la infraestructura del edificio y el estado de vulnerabilidad en el que colocaba a sus habitantes. Todos describían lo preocupante que les parecía poder ver las grietas en forma de “x”, sobre todo en las varillas de las esquinas, o en algunos departamentos, grietas tan grandes que podía verse la habitación contigua.

Noté que el interés de la inmobiliaria no estaba precisamente alineado con el de los(as) arrendatarios, les preguntamos si habían recibido asesoría jurídica para hacer frente al caso. Ellos(as) se mantuvieron firmes al mencionar que querían arreglarlo sin tener que involucrar a las autoridades. Admito que la situación me provocó un sentimiento profundo de frustración, puesto que en las visitas que realicé los(as) arrendatarios no tuvieron contacto con la inmobiliaria y, por tanto, las condiciones del edificio no mejoraban, mientras que a simple vista la indiferencia del grupo FAMSA siempre estuvo presente.

El campamento fue levantado por órdenes de las autoridades delegacionales, así que las últimas entrevistas fueron dentro del inmueble. Ello me ocasionó gran impacto al percatarme de que eran ciertas las descripciones que nos habían narrado antes los(as) arrendatarios. Uno de los detalles que noté en ese momento, fue que había una patrulla en frente del edificio. Nos comentaron que la policía había llegado días después del fenómeno y que los hacía sentir seguros; sin embargo, conforme fueron pasando los días, se sentían vigilados por ellos, al punto de sentirse acosados, destacando que incluso creían estar más protegidos por el personal de la gasolinera que se encuentra enfrente del edificio y que en inicio los había auxiliado, que por el propio cuerpo de seguridad.

A pesar de que todo lo descrito hasta ahora refleja un sin fin de acontecimientos desafortunados, considero necesario destacar que una de las cosas que los(as) entrevistados hicieron énfasis, fue que de entre todo lo malo, ahora se conocen y que además descubrieron que existen muchas personas solidarias y con interés de ayudar.

Finalmente, puedo concluir en que mi mente ahora alberga más preguntas que respuestas acerca de la forma en la que se procedió no solo

con los(as) damnificados de la colonia. Sin embargo, también comprendí que la esencia real de la Ciudad de México se encuentra en todas aquellas personas solidarias que estuvieron (y siguen estado) interesadas en ayudar y hacer algo por levantar no solo los muros caídos o reparar los agrietados, sino también el espíritu de muchos(as) que perdieron un hogar.

Siempre estaré agradecida con las y los vecinos del inmueble por toda la confianza que nos brindaron al contarnos sus fuertes experiencias y lo mucho que me hicieron crecer como ser humano.

9. Porqué decidí participar en el proyecto de documentación (Benito Juárez)

*Por María José Arellano Poblette
Estudiante de la Licenciatura en Derecho UACM.
Brigada en la Colonia Portales, delegación Benito Juárez.*

La naturaleza y sus fenómenos son capaces de sacar de nosotros lo mejor o peor como seres humanos, en lo individual y en lo colectivo. Son recordatorio de lo efímero que resulta nuestro andar y lo incierto de nuestra existencia en el mundo que conocemos, o decimos conocer. Nunca me había puesto a reflexionar qué es lo que, real y concretamente, me genera miedo al momento de un sismo, hasta que un 19 de septiembre (2017) sus efectos se hicieron tan palpables, cercanos, catastróficos y reales, que no solo lo presencie como hecho histórico o titular de noticieros extranjeros. Nunca había pensado que se puede sentir más miedo después de un sismo que durante él.

En principio la confrontación, esos primeros instantes posteriores al temblor, cuando aún tus piernas parecen quebrarse. Poco a poco las noticias van apareciendo, al mismo tiempo que la señal del teléfono regresa. Un viejo radio de pilas se convierte en el único contacto con el mundo exterior que parece desierto, desolado aún con aparente normalidad. La incertidumbre carcome el alma y la atmósfera se percibe algo distinta. Hora tras hora aparecen cifras oficiales. Entre urgencias, las noticias falsas no se hacen esperar. Programación especial, insomnio. El recuento de los daños.

Las primeras reacciones son cruciales y las manos solidarias llegaron sin demora. Las primeras urgencias qué atender y necesidades básicas qué cubrir. Las horas y los días van pasando, el miedo no.

Van pasando los días de mayor caos y emergencia. Vamos acumulando noches de insomnio y el espejismo de normalidad pretende sumergirnos de nuevo en la cotidianidad fría y desmemoriada y, bajo este panorama, la otra cara de la moneda.

El proyecto de documentación del que estas líneas son consecuencia, esfuerzo conjunto de Universidades, Centros de Derechos Humanos y Sociedad Civil, nos confrontó directamente con la realidad: familias enteras durmiendo en albergues, campamentos improvisados entre avenidas y algunos, con mayor suerte, con familiares o amigos, familias que recibieron tres mil pesos cada mes durante octubre, noviembre y diciembre. Un total de nueve mil pesos que tenían que estirarse lo suficiente como para reconstruir el patrimonio forjado en años y para enfrentar con dignidad el duelo de haber perdido la vida como la conocían hasta antes de las 13:15 horas del martes 19 de septiembre. Nueve mil pesos que no llegaron a todos los afectados. Promesas sin concretarse en papel, los escombros de lo que fueron edificios, el saqueo de entre los escombros de las llaves y regaderas, la alcancía de algún niño, gatos sobreviviendo entre nubes de polvo y bloques de cemento, reuniones cargadas de demagogia. La rapiña del Estado y de los de a pie.

Durante mis visitas al campamento de la Colonia Portales conocí a un vecino afectado por el derrumbe del inmueble. Él se convirtió hasta hoy en día —ya a ocho meses del sismo— en mis ojos y oídos para allegarme de información. Dentro de las cosas que más me impactaron durante la documentación y posterior a ella fue saber que en las primeras 48 horas ninguna autoridad ni servicio de asistencia oficial se presentó en el lugar. Toda la ayuda corrió a cargo de los vecinos. A pesar de los acuerdos con autoridades delegacionales y de la Ley de Reconstrucción, los trabajos de demolición iniciaron sin propuesta de proyecto de reconstrucción, sin propuesta de constructora y, por ende, sin la aprobación de ninguno. La promesa de reconstrucción con gratuidad pareció evaporarse cuando algunos vecinos (una minoría) no presentaron escrituras pues, según se dijo, los veinticuatro propietarios son una sola figura jurídica. La gratuidad de la reconstrucción está condicionada a ceder un porcentaje de metros cuadros a fin de que la constructora proyecte más departamentos y pueda venderlos, que de las donaciones monetarias de personas, organismos y naciones nadie sabe nada. Hasta el momento en que escribo no hay aún proyecto de reconstrucción, cronograma, ni certeza alguna, pero que desde un inicio se advirtió que una vez empezada la obra podría demorarse hasta tres años en concluir. Con todo y mi asombro a cuestas, siempre recuerdo las palabras del vecino que conocí: “somos de los que mejor vamos, de los que menos dificultades han tenido”, palabras que expresan por un lado nobleza y empatía y, por otro, delatan lo ruines, inoperantes e indiferentes que podemos ser los seres humanos.

Finalmente he descubierto qué es lo que me atemoriza cuando ocurre un sismo, evidentemente perder mi hogar, familia y amigos. Pero, me da

verdadero temor, tras la tragedia, poder desilusionarme cada vez más de esta paradójica especie autonombra humana.

10. *Testimonio de la visita al campamento de afectados (Benito Juárez)*

Por Hannia Torres Félix

Estudiante de la Licenciatura en Derecho UNAM.

Brigada en la delegación Benito Juárez.

Como estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, después de ocurridos los desafortunados hechos del 19 de septiembre, por invitación de la profesora Mylai [Burgos], acudimos al campamento en el que se encontraban instaladas las personas que habían salido de sus edificios por temor a que estos se derrumbaran por réplicas.

Al acudir a los campamentos para recabar información de las familias afectadas, la experiencia que viví fue un poco diferente de la que yo había idealizado. Vi una realidad muy triste. Las personas que vivían en el campamento estaban en la calle, no tenían ayuda del gobierno y la única mano que en ocasiones iba en su ayuda, eran los propios ciudadanos.

Las veces que acudimos a recabar los datos de los afectados me permitieron apreciar distintas situaciones: en ocasiones no estaban, ya que aun cuando se encontraban en una situación difícil, tenían que seguir trabajando y acomodarse a lo que en ese momento tenían.

Algo muy notorio fue que la situación de estar en la calle era difícil para ellos. Lo anterior porque, además de no tener respuesta del gobierno, vivienda donde descansar, bañarse, preparar alimentos y convivir con sus hijos, tenían que afrontar el acoso de los reporteros que pedían entrevisitarlos. Después de las entrevistas los reporteros moldeaban la información que se les proporcionaban o, en ocasiones, hasta inventaban hechos que jamás habían ocurrido.

Lo más sorprendente para mí fue escuchar de viva voz a uno de los inquilinos del edificio comentar que para desalojarlos, acudieron granaderos. Estos aseguraron que tenían orden de desalojo affirmado que el edificio se encontraba en malas condiciones debido al temblor del 19 de septiembre y no podía seguir siendo habitado. Aun cuando se mostró el peritaje señalando que el inmueble estaba en buenas condiciones y era habitable, los policías encañonaron a los niños y ancianos y, a punta de pistola, los sacaron del lugar. Por si fuera poco, no les dieron permiso de sacar sus pertenencias. Además, todas esas noches las personas tuvieron que dormir

en la calle, sin que ninguna autoridad les dijera realmente el porqué del desalojo, pues la orden nunca fue mostrada.

11. Por qué sumarse al proyecto (brigada de Tláhuac)

Por Eva Bidegain

Estudiante de doctorado, CIESAS Ciudad de México.

Brigada en la Delegación Tláhuac.

La mañana del 19 de septiembre acababa de regresar de un año de trabajo de campo en el norte del país donde indagué sobre el padecimiento y la atención biomédica de la tuberculosis pulmonar. Un largo año atravesado por tres duelos, de los que los filósofos, poetas, terapeutas y algún que otro antropólogo social califican de disruptivos en la identidad de los sujetos sociales: muerte, separación y mudanza. Tal vez ello, se sumó a la permanente sensación de extranjería desde mi llegada a México en el 2015, con modos de expresar y participar socialmente tan distintos a la cultura fronteriza del norte de argentina que conforma mi pattern cultural. Nunca antes había sentido un sismo, aprendí a escuchar la alarma sísmica junto a los nuevos sonidos de esta gran ciudad hasta aquel mediodía de septiembre. De modo que el zarandeo del suelo al final de mi primer encuentro con nuevos profesores en un curso de seminario del CIESAS no tomó ribetes de desesperación y de gravedad, como en cambio, los rostros de mis compañeros y docentes delataban, acostumbrados a los temblores con memoria del sismo del año 85. Regresé a pie a mi nueva casa, donde encontré apenas una taza caída. La zona sur que se edificó sobre el pedregal de Santo Domingo amortiguó el impacto sísmico. Por la radio, luego cuando se restableció la señal de teléfono y el internet, nos dimos cuenta de la gravedad del ahora 19S. Nos preparamos un par de mochilas con mi roomie y fuimos inmediatamente a Ciudad Universitaria de la UNAM a colaborar en lo que hiciera falta. Calles sin luz, gente en las calles, camionetas pick up trasladando voluntarios, vi gentes deambulando de aquí para allá con velas, linternas, agua embotellada, comida. La marea de gentes me conmovió. Donamos sangre una treintena de personas con la llegada del día.

Lamenté no haber realizado aquellos cursos de la Cruz Roja, o tener una profesión de enfermería, medicina, ingeniería o arquitectura. Cerca del día 20 subí hacia la colonia Benito Juárez y vi las ruinas de las zonas más turísticas y coquetas de la Ciudad de México. En la improvisada Asamblea que se generó entre los que estaban participando en el suspen-

dido evento Transitio, artistas locales e internacionales, debatimos sobre si convenía en medio del caos y el terror hacer performances e instalaciones de arte, o más bien, generar una nueva obra colectiva, una especie de laboratorio donde performáramos el desasosiego con una radio abierta en una casa tomada por un colectivo de ocupas que funciona como una usina de arte cerca del Metro Santa María la Riviera.

Aquellos artistas que decidieron enfrentar el terror con arte lo hicieron con lo que se tenía a mano. Los que teníamos acceso a redes y una casa en lugar seguro, seguimos表演ando: hospedamos y transmitimos la información de albergues, alimentos, ropa, insumos de higiene y primeros auxilios. Entonces Mariana Mora convocó a una reunión a los estudiantes del CIESAS para lo que luego tomó forma como Documenta desde Abajo 19S. Nuevamente, el debate de cumplir o no las agendas, los días corrían para todos, docentes y estudiantes de posgrado de ciencias sociales, los tiempos institucionales con las entregas de lecturas y procesamiento de la información de campo de los que veníamos de fuera y esto, que nos cacheaba bien cabrón, como dicen los mexicanos.

Me sumé a relevar Tláhuac porque no estuve en las colonias afectadas, ni participaba activamente en un albergue. En lo personal, porque si bien lamento, sobre todo trabajando en salud, no tener pericia ni permiso en atención biomédica, reconozco que las ciencias sociales pueden servir para escuchar, mirar, observar de una manera específica, y de alguna manera, dar elementos políticos, económicos, culturales y sociales al drama social que estábamos viviendo. Dividimos tareas con Gabriela y Ámbar. Me encargué de las fotos, y de marcar puntos de GPS dentro de la pequeña brigada. Esta experiencia de ir con colegas a registrar las historias de personas que perdieron todo, más allá de lo material, fue una experiencia inesperada, conmovedora y valiosa en lo personal. Porque una cosa es planificar un proyecto desde la distancia física y cotidiana, y otra cosa es ir desenvolviéndolo mientras te enfrentas a la tragedia anunciada, sintiendo el dolor, tocándote de alguna manera por las historias que confluyen en tu historia personal, eso de invertir años en una casa, los sueños, los sacrificios, que te aguantes las condiciones en las que te encuentras cuando decides hacerte un refugio y cobijo, y que luego todo se derrumbe, literalmente. Cuando vine a México cambié de casa, dejé cosas que en estos tres años ya no están de los lugares donde anduve. Entonces el despojo de las casas de las mujeres con las que conversé se parece a este despojo que tiene la vida de trashumancia e imagino la precariedad del *homeless*. Como si la incertidumbre acicándose la espalda te recordara que no existe nada seguro, sino más bien la ilusión de repetir todos los días un mismo guion,

volver a una casa, descansar, hacer intimidad, salir de nuevo y tener más o menos la expectativa que todo funciona más o menos bien. Hasta que aparezca un sacudón, sea un sismo o un evento traumático.

Mencionar las circunstancias en que me involucré en este colectivo de registro, los intereses políticos de acompañamiento y denuncia, y de mis expectativas de que lo que he escrito, ya a la distancia de un año y lejos de CDMX, también es útil. Como el trabajo de los médicos, los ingenieros, los geólogos y los geógrafos. Junto a los que están en un espacio intermedio entre las ciencias cuantitativas y las cualitativas: los artistas. Y que sea esta, una mínima forma de corresponder la oportunidad de formarme en universidad pública en Argentina y aquí, con una beca de fondos públicos. Seguramente quedarán cosas por mencionar, apuntar y analizar en mi contribución a este capítulo colectivo que redactamos junto a Ámbar, Ariana y Rosalba. Una nueva experiencia de co-creación, en las condiciones de urgencia en la que fueron realizadas, de las que agradezco la oportunidad de que saliera pese a todo, y bancada por todos.

12. *Reflexiones como profesor coordinador de brigadas de estudiantes* (*Benito Juárez*)

Por Israel Solorio

Profesor Facultad de Ciencias Políticas, UNAM.

Coordinador de varias brigadas en la delegación Benito Juárez.

Estoy seguro de que llevar a mis estudiantes en Administración Pública a documentar las afectaciones del 19S fue una experiencia invaluable para su formación tanto personal como profesional. Esta experiencia no solo les permitió ver el rostro humano de los problemas públicos, sino también entender la importancia de que exista una Administración Pública que tenga a las personas en el centro de sus prioridades y lo que sucede cuando, por el contrario, se priorizan temas de índole económico y político.

Algo que se quedó grabado en mi cabeza fue cuando una persona afectada por el sismo, que se había quedado sin techo y no recibía ningún apoyo por parte de las autoridades de la Delegación Benito Juárez, les dijo a mis estudiantes: “Qué bueno que estudien Administración Pública. Ustedes no sean como los políticos de ahora, que solo les interesa robar y no se preocupan por la gente”.

Un evento tan trágico como el 19S nos deja marcados a todos. El dolor y la tristeza vividos es algo que nunca se borrará de nuestros corazones.

nes. Pero lo que tampoco desaparecerán serán las lecciones de vida que adquirimos en los días después de la tragedia: el potencial del trabajo en equipo, la importancia de la comunidad y de la solidaridad entre personas y que, al final de cuentas, somos más los buenos que los malos. En esas semanas después del 19S fuimos más los que salimos a las calles a ayudar como fuera posible que los políticos que buscaron sacar réditos de la tragedia a toda costa, más los que nos unimos a las tareas de apoyo y rescate que los especuladores inmobiliarios que provocaron y se beneficiaron de la desgracia ajena.

Mis alumnos de la UNAM no solo salieron a recabar datos sobre las afectaciones sufridas por el 19S. Su compromiso y humanidad los llevó a hacer acopios y ayudar en lo que fuera posible a las propias personas que dan forma a la tragedia documentada en este reporte. El 19S nos dejó muchas cosas. Para mí y para el grupo de estudiantes de la UNAM que me tocó coordinar una lección vital fue aprendida: una administración pública más humana es necesaria. Espero que esa semilla nacida de la tragedia que se sembró en sus corazones haga ese sueño realidad.

13. *Testimonio y razones de mi presencia en las brigadas (Iztapalapa)*

*Por Armando Mancilla Galván
Colegio de Geografía, UNAM.
Coordinador de brigada en Iztapalapa.*

Me es difícil escribir este documento-testimonio, no por la falta de razones, sino lo contrario, son tantas que no quisiera jerarquizarlas o dejar algunas en el olvido.

Tuve la fortuna de haber nacido años después del terremoto de 1985 en la Ciudad de México, y que mis padres me criaran con una cultura de recuerdo y prevención. Ellos fueron voluntarios brigadistas en su tiempo, en el momento en que solo las manos del pueblo estaban disponibles. Lo que nosotros vivimos en septiembre del 2017 no tiene comparación con todo el esfuerzo físico y mental que se necesitó en aquel entonces, y que la mayoría de los jóvenes dimos como apoyo. Agradezco infinitamente las historias y experiencias que mis padres y familia me compartieron.

Puedo asegurar que en mi juventud temprana disfrutaba los sismos como un surfista disfruta de las olas del mar, me emocionaba al sentir uno; no los comprendía en su total magnitud, y esa visión juvenil la compartí por mucho tiempo.

No fue sino hasta tener familia propia que empecé a ver estas situaciones de manera diferente. Agradezco todas las experiencias y preocupaciones que la paternidad me ha dado, que se convirtieron en un pilar para seguir los pasos de mi padre, forjar mis vivencias para mi hijo y poder llevar esa ayuda donde sea que se me necesite.

Por estas razones y más agradezco a todas las personas brigadistas que compartieron su apoyo en los momentos que el pueblo más nos necesitó; así, gracias a estas acciones, los mexicanos podemos tener por seguro que estaremos ahí, un hermano, un amigo, un vecino... estaremos ahí en los momentos más difíciles, para brindarnos la mano y salir adelante.

Agradezco la oportunidad de haber estado hombro a hombro con las personas que no descansaron en busca de soluciones para los damnificados.

Por último quisiera decir que, pese a no haber conocido a las personas que fallecieron aquel 19 de septiembre —tanto de 1985 como del 2017— lamento su temprana partida y el no haber podido cruzar una palabra, una mirada o un camino con ellos, siempre estarán en mis pensamientos.

Por siempre: fuerza México, fuerza a los damnificados y mil gracias a mis compañeros brigadistas.